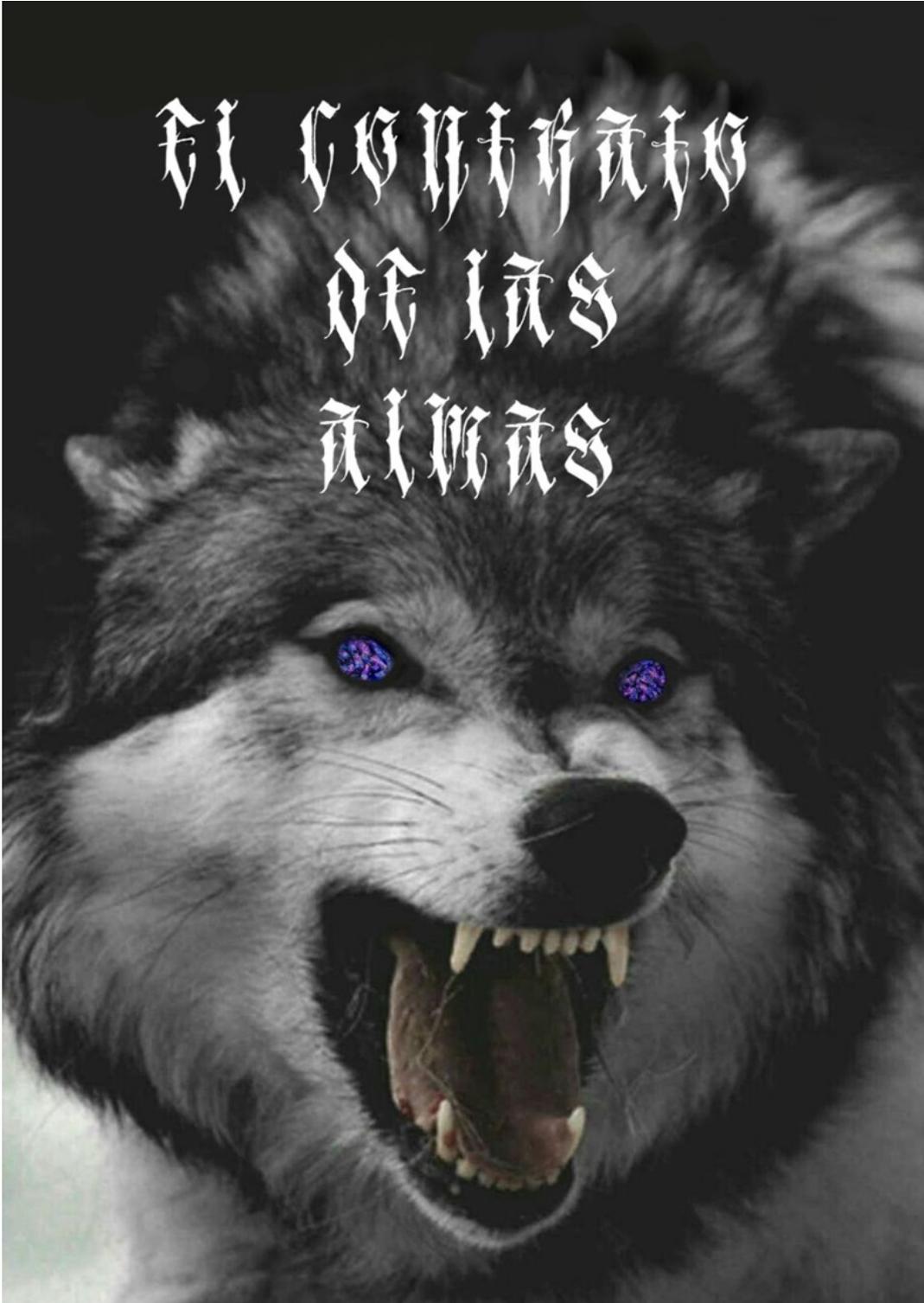


El Contrato de las Almas

Sebastian



Capítulo 1

–¡Maldición! –

–¡Maldición! –

–¡Maldición! – grito Sara golpeando con su puño el volante de la vieja camioneta.

Las lágrimas se desbordaban por sus mejillas, sentía tanta rabia que apretaba los dientes de la impotencia y apenas podía ver la carretera con las lágrimas nublando su vista, sus emociones eran una mezcla de ira, tristeza, repugnancia y odio.

Eran cerca de las 12 de la noche, la luna iluminaba el camino de regreso a casa, el que siempre tomaba cada noche después del trabajo y cada mañana para el Instituto, pero aquel día fue el peor de su vida, las cosas habían salido mal desde tempranas horas siendo su jefe quien puso la cereza del pastel aquella noche. Ella trabajaba en la cafetería 24 HORAS, un nombre muy exagerado e impreciso para una cafetería que cerca de las 10 de la noche “cerraba” sus puertas.

Sara trabajaba de mesera, lo que le ayudaba a ganar lo suficiente para pagar sus estudios y solventar ciertos gastos. Sus padres se habían separado hace un par de años, nunca supo la razón, ni el motivo, cuando se atrevía a preguntar le respondían: “Que algún día lo entendería”, algo que la molestaba mucho, sentía como si aún la trataran igual que a una niña a pesar de estar cerca de cumplir los 18.

Después de la separación, ella y su madre regresaron a la ciudad donde vivió toda su infancia, había cambiado mucho desde la última vez, su casa a las afueras de la ciudad seguía intacta a excepción de la hierba que la rodeaba, la cual había crecido sin control alguno al igual que los árboles cuyos robustos cuerpos rodeaban sus límites, la casa estaba intacta tal y como la habían dejado, era como si en ella se hubiera congelado en el tiempo algo que se le hizo muy extraño a pesar de estar abandonada por más de 7 años.

La madre de Sara trabaja de enfermera en el Hospital Central Plainsboro ahí pasa la mayor parte del tiempo dedicada a su vocación, Sara vislumbro en los ojos de su madre un brillo que no había visto en mucho tiempo justo después de haber recibido la noticia de su aceptación en el puesto de enfermería, aquello era el sueño de su vida, al principio las horas de trabajo eran tan largas hasta convertirse en días enteros, Sara se acostumbró poco a poco a ello, debía demostrar su madurez y no mostrar algún ápice de tristeza por no poder pasar tiempo con su madre, aquel trabajo era su sueño y no la había visto feliz desde hace mucho

tiempo. Sara siempre le decía que estaba bien, no quería que su madre dejase el trabajo por cosas menores que pudiesen pasar, tomando en cuenta que el viaje del Hospital a su Instituto o a la casa tomaba como menos 30 minutos solo de ida, una de las innumerables desventajas de vivir en las afueras de la ciudad casi a los límites.

Sara no se percataba que pisaba el acelerador lentamente, la velocidad paso de 60 a 75 km/h, limpio de su rostro las lágrimas que nublaban su vista, algo que no surtía mucho efecto, no paraba de llorar envuelta en el recuerdo que vivió con el "asqueroso" de su jefe.

Ser mesera no es nada fácil, pero a la final fue acostumbrándose; desde el primer día sintió un ambiente agradable y su jefa era una persona muy amable, sus compañeras de trabajo le habían contado que ella sola con sus propias manos había levantado esa cafetería siendo una mujer que podría llegar lejos, hasta el día que conoció a un hombre cuya única destreza y habilidad era la de vivir a costa de ella y sus ganancias, jamás supieron que veía en él. Tal vez sea cierto aquello de que el amor es ciego.

Los meses pasaron, Sara pidió el turno de la tarde, el cual se le hacía mucho más fácil y con el que llegaba con las justas, tenía la suerte envidiable para demorarse lo justo del Instituto a su casa y al trabajo, no siempre en ese orden.

Pero hace un par de meses para ser exactos, su jefa cayó enferma de una extraña condición que ni los doctores supieron identificar, pasaba los días enteros en el hospital recibiendo botes de medicina, pasando por varios exámenes y estudios, un día se extendió el rumor de que sufría de una extraña enfermedad altamente contagiosa, el revuelo creado por aquel rumor fue tanto que la cafetería paso vacía varios días ante el miedo a contagiarse.

Fue en esa situación que su marido tomo las riendas de la cafetería, no quería perder las ganancias que obtenía de la misma, se le había ocurrido la "grandísima idea" de redecorar tanto el lugar como al personal. Las meseras de edad mayor fueron despedidas sin motivo alguno a la par que la cafetería se empapelaba de pósteres burdos de mujeres semidesnudas, la decoración llena de matices y un ambiente agradable se desvanecía con las nuevas decoraciones burlescas, al poco tiempo los uniformes de las empleadas también fueron sustituidos por camisetas ceñidas al cuerpo y jeans ajustados.

La cafetería se llenó poco a poco de tipos asquerosos y morbosos atraídos por el ambiente, algunas empleadas renunciaron casi al instante y otras se quedaron. Sara renunció el día que supo del cambio de vestimenta, no

permitiría aquel abuso.

Pasaron los días y la suerte no la ayudaba, no encontraba trabajo por ninguna parte, fue cuando pasado un mes decidió hablar para pedir su antiguo empleo, aunque jefe se hizo de rogar, Sara no tenía otra opción, los gastos del Instituto no se pagarían solos y su madre insistía en ayudarla, pero Sara evitaba a toda costa que lo hiciera.

Después de varios minutos de conversación llegaron a un par de acuerdos entre ellos que la vestimenta cambiaría "un poco".

–Todo sea, para la comodidad de mis queridas empleadas– dijo su jefe con una sonrisa cínica y malévol.

Sara aterrizó de sus recuerdos y pensamientos ante el golpeteo de varias piedras que caían sobre el parabrisas y el capó, provenientes de alguna parte ocultas por la negrura de la noche, una de ellas se estrelló contra el parabrisas provocando una pequeña grieta en el cristal, asustada encendió la radio sintonizando la única estación que llegaba hasta las afueras de la ciudad, faltaban 15 minutos y estaría en casa. Quería llegar pronto, encerrarse en su habitación y acostarse en su cama para soltar toda su rabia, no podía imaginarse que aquel tipo le haría una cosa tan sucia como la de aquella noche.

Aquel día había acabado muy tarde y Sara se encontraba parada en uno de los peldaños de la pequeña escalera plegable, con los audífonos puestos, acomodando algunos envases y trebejos en lo alto de un cobertizo de una de las estanterías, el silencio de la bodega era incómodo hasta sepulcral, pero con una buena canción pasaba desapercibido.

Como una corazonada, Sara sintió la presencia inconfundible del asqueroso de su jefe oculto entre las estanterías.

–Don Roberto, ¿En qué lo puedo ayudar?– dijo firmemente, sacándose uno de los auriculares del oído.

–Mi niña– dijo sorprendido, saliendo de la percha de donde se ocultaba –quería ver si no necesitabas ayuda, sabes que estoy dispuesto a todo lo que me pidas– dijo recorriendo con la mirada de arriba hacia abajo su cuerpo.

–No gracias, no necesito ayuda, ya acabé– respondió Sara a la defensiva, su presencia le incomodaba en especial cuando lo tenía cerca.

–Es una pena– respondió irónico.

Sara trató de bajar rápido de la escalera, pero su jefe fue más ágil que ella, estaba a tres peldaños cuando escucho un golpe en el perfil de las

mismas, estas tambalearon provocando que perdiera el equilibrio y cayera.

Cuando abrió los ojos estaba en los brazos de su jefe, quien le había atrapado en el aire, sintió como sus brazos la rodeaban uno detrás de su espalda hasta su mano que apretaba uno de sus senos, mientras que con la otra sujetaba sus piernas a la altura de los muslos.

Sara gritó al sentir aquellas manos tocando su cuerpo, el tipo la soltó provocando que se golpeará contra el piso.

–¡Qué susto me has pegado! Qué mal agradecida eres, te acabo de salvar, de que cayeras y lo que haces es gritar– se excusó mientras veía con el raballo del ojo a una de las meseras que se estaba acercando por el pasillo.

–¿Puedes ayudarla? Yo lo he hecho y me grita– dijo dirigiéndose a la mesera que entraba a la bodega.

Sara empezó a llorar mientras se levantaba, salió presurosa de ese lugar ni siquiera se cambió de ropa, abrió el casillero únicamente para tomar las llaves de la camioneta y marcharse de aquel lugar.

–Interrumpimos nuestra transmisión...– dijo el locutor de la emisora.

Sara despertaba nuevamente de la profundidad de sus recuerdos –La policía nos ha informado que se ha hallado el cuerpo de una chica al oeste de la ciudad, el crimen tiene los mismos rasgos que las otras víctimas encontradas en...– Sara apago la radio con un movimiento de la perilla.

La noticia llevaba semanas sonando, un psicópata andaba asesinando a varios jóvenes por toda la ciudad, se comentaba que sus víctimas tenían marcas extrañas grabadas en todo su cuerpo, símbolos que la policía no sabía su significado.

Sara pisó el acelerador, la velocidad aumentaba considerablemente, lo único que ella quería era llegar a casa, sentirse a salvo y que por un instante que todo estuviera en calma.

Una enorme sombra surcó por encima de ella, tapando casi por completo la luna y cubriendo en su totalidad la camioneta, pensó en un inicio que era un ave, pero debía ser una muy grande para haberla cubierto por completo, poco después un grito agudo rompió entre los árboles a un costado de la carretera, varios de estos se desplomaban mientras otros salían volando como si fueran arrancados de raíz.

Sara pisó el acelerador tratando de alejarse de aquel caos, esquivando las ramas y varios troncos que quedaban desperdigados sobre el asfalto,

cuando algo cayó repentinamente en el capó de la camioneta, algo que no supo identificar. Trato de frenar, sin embargo, estos no respondían y el freno de mano se había atascado, un giro brusco había marcado el trágico accidente, la camioneta dio varias vueltas de campana, Sara sentía como el mundo se iba deteniendo a medida que este giraba sin control, apretó el volante tan fuerte y cerró los ojos casi al instante, hasta que la camioneta se estrelló contra un árbol.

Cuando recobro el conocimiento estaba colgando de cabeza, el olor de la gasolina inundaba el lugar, un faro iluminaba parpadeando apenas por apagarse. Trato de moverse buscando el seguro del cinturón de seguridad, cuyas correas le apretaban el cuerpo, pero su brazo derecho le quemaba, escucho un crujido que venía de él, apenas podía moverlo, sus piernas estaban aprisionadas por el volante, no podía soltarse. Sintió como un líquido cálido goteaba por su frente.

Sara empezó a llorar con las pocas fuerzas que abandonaban su cuerpo
–Te quiero mamá– dijo antes de desmayarse.

El ruido del metal siendo desgarrado la devolvió a la realidad, seguía de cabeza y el olor a gasolina se había vuelto más fuerte, miro a su izquierda mientras la puerta era arrancada de su marco para después salir despedida varios metros, vio la silueta de una persona parada junto a ella, pero no podía reconocer quien era, todo empezó a nublarse y a oscurecerse.

Volvió en sí sintiendo que alguien la cargaba en brazos, sentía varias punzadas por todo su cuerpo y apenas podía hablar, otra vez todo se volvía oscuridad.

El estruendo de una explosión la hizo volver en sí, se encontraba en el piso a varios metros de una gran bola de humo y fuego. Miro a su alrededor todo estaba borroso cuando escucho la voz de una persona.

–¡Emergencias! Necesito una ambulancia en la carretera cerca de...– aquella voz femenina se desvanecía apenas audible, Sara tenía la mirada perdida en el cielo estrellado, no tenía fuerzas para moverse cuando de pronto vio una silueta como una sombra de gran envergadura con la forma de un ser alado que se mezclaba en la oscuridad de la noche.

Capítulo 2

I

La noche estaba helada y la ciudad se mostraba hermosa desde lo alto de la azotea del Hospital Central Plainsboro, habían ampliado varias secciones y remodelado otras, por lo que el lugar estaba cerrado a todo el personal a excepción de los trabajadores de mantenimiento y construcción, a pesar de ser una pequeña ciudad el Hospital era su icono sobresaliente.

El viento soplaba sin dejar recato de los sonidos que en él se mezclaban, una tormenta se aproximaba, pero aún había tiempo de admirar la silenciosa ciudad como todas las noches en las que Sebastian subía a leer sentado al filo de la cornisa.

–¡Qué va! ¿A quién se le ocurre enamorar a dos hermanos? Se nota que la morbosidad está en auge, aunque tiene su lado intrigante si tan solo supieran la verdad del mundo que los rodea, se mearían en los pantalones y dejarían de fantasear con ser cazadores, runas, sombras, demonios y mundos sobrenaturales–

Sebastian leía con detenimiento una a una las líneas del libro que sujetaba en sus manos, usa unos lentes sin cristales, según él ‘Lo hacían ver intelectual y atractivo’. Viste un jean azul marino algo rasgado junto a una camiseta de un tono más oscuro y un abrigo negro que le llegaba por debajo de las rodillas.

–¡Está mal! Así no se crea una runa– dijo golpeando con el dorso de su mano la página que leía.

El viento soplaba con intensidad, apenas se escuchaba el refunfuñar que soltaba quejándose porque no entendía como el escritor podía escribir aquello o por las tontas tramas complicadas que luego se resolvían con el poder del amor y la amistad o un tonto deus ex machina. Le faltaba la última hoja para terminar el libro cuando la tomó de una de sus esquinas arrancándola de un tirón; un corte casi perfecto que le hizo levantar una ceja por su precisión.

–Odio los finales, sabes– dijo mientras sus dedos jugueteaban entre las páginas –es como terminar con la ilusión, con la magia– soltó al viento la hoja que acababa de arrancar –Te he estado esperando desde hace una hora aquí– reclamó –Tengo el culo plano y congelado, pero claro a ti se te hace fácil porque llegas a cualquier lugar en un par de minutos– siguió con su drama –¿Sabes lo difícil que es conseguir un transporte a estas horas de la noche? Me pudieron haber robado o peor aún secuestrado. ¡Dime tú! ¿Qué harías sin tu mejor amigo? ¿Eh?– dijo Sebastian girando

su cabeza para intentar mirar hacia atrás.

–La encontré– corto aquel sujeto con una voz inexpresiva, que se acercaba por su espalda hasta llegar a su lado junto al filo de la cornisa.

–¡En serio!– respondió Sebastian incrédulo –Esa es... es una muy buena noticia– esbozo una amplia sonrisa –David se pondrá feliz o bueno, no sé si alguna vez en su vida haya sido feliz, siempre se la pasa con cara de pocos amigos y sonreír no le caería nada mal de vez en cuando en especial cuando nos man...–

–No le diremos nada– corto tajante aquel sujeto la palabrería de Sebastian.

–Se puede saber ¿Por qué?– preguntó intrigado.

Aquel sujeto no respondió, simplemente se quedó observando la ciudad como si buscara algo entre sus calles.

–Si no le damos alguna noticia nos fusilará, llevamos mucho tiempo sacándole canas con nuestras acciones y mi cuerpo ya no resiste como antes, las heridas y golpes ya no sanan de un día para el otro, la última vez me tomo una semana recuperarme y eso porque me quedaba inconsciente grabando las runas en cada una de las heridas, ni con todas las runas del mundo podría recuperarme de lo que nos pasaría si se llegase a enterar. Antes tal vez pudiera, pero eso era cuando tenía mis...– Sebastian se detuvo, echando su atención con una mirada a la única puerta de servicio entreabierta que daba a la azotea –Bueno, no importa, debes tener tus razones amigo mío– dijo soltando un suspiro –Sabes me encanta este lugar puedes ver la ciudad completa, cualquiera con astucia e ingenio y unos buenos binoculares o mejor aún, ¡un telescopio! Podría verlo todo desde aquí, como a aquella pareja que se besa apasionadamente en el parque o aquel tipo en el callejón a quien están a punto de asaltar en 3.....2.....1...– sonrió –¿Qué piensas hacer entonces?– levanto la mirada hacia su amigo que bestia una camiseta negra y un jean maltrecho, vio como sujetaba su brazo derecho al igual que vislumbraba varias cicatrices en sus brazos, en su rostro y cuello –¿Qué te ha pasado?– pregunto sorprendido –¿Te duele?– señalo el brazo que sujetaba.

El sujeto lo fulmino con una mirada severa, sus ojos estaban apagados como sumidos en un profundo mar, tanto que podías hundirte y perderte en ellos, una mirada sin emoción alguna.

–No me digas que...– Sebastian se levantó de un tirón parándose alado de aquel sujeto que era un poco más alto que él –¡Lo hiciste! ¿Cómo?

¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién y Por qué?– dijo eufórico.

–Tenemos que prepararnos y actuar antes de que se recupere– dijo con voz inmutable.

El silencio se cernió en ese momento, Sebastian levanto la mirada en búsqueda de la luna que se ocultaba tras los nubarrones de la tormenta que se acercaba. Su amigo no se movió mientras sujetaba su brazo derecho y se limitaba a mirar la ciudad –Nunca la perdonaré– dijo apretando los puños hasta el punto de volver blanquecino sus nudillos.

–Tranquilo amigo mío, la hallaremos y podrás cumplir tu venganza– dijo Sebastian golpeándolo con una palmada en la espalda.

En ese instante una gota de lluvia cayó en la punta de la nariz de Sebastian acompañado del rugir de varios truenos –Bueno, es hora de irnos, ¿No crees?– estiro sus brazos sobre su cabeza tanto como pudo, se paró de puntas y soltó todo su cuerpo en un suspiro –Fue un gusto hablar contigo, casi no me dejás decir una sola palabra. Deberías ser orador o animar fiestas– dijo en tono burlón.

Aquel sujeto no respondió sus facciones, su mirada y todo su ser podían pasar perfectamente como las de una estatua, pero toda esa ilusión se terminó cuando dio un paso hacia el vacío mientras la lluvia empezaba a volverse más robusta.

–¡Presumido!– gritó Sebastian sacando la lengua, mientras permanecía inclinado sobre el borde de la cornisa por la cual su amigo había saltado.

Capítulo 3

II

Daniel enmarcó una ceja del asombro, en todos sus años como Doctor y Especialista jamás había visto una recuperación tan asombrosa como la de Sara, había llegado malherida al borde de la muerte con varias contusiones, huesos rotos y cortes en todo su cuerpo, era un milagro que haya sobrevivido al accidente y más que alguien le haya encontrado en medio de la nada.

–¿Estás segura que esto arrojaron los resultados?– Pregunto a la enfermera de turno que le acompañaba, ambos miraban el interior de la habitación de cuidados intensivos donde Sara y su madre dormitaban.

–Sí, son todos los resultados de los exámenes que nos pidió que le hiciéramos e incluso se repitieron dos veces para evitar cualquier error– dijo con el mismo asombro.

–No es para más, su recuperación es asombrosa, lo que a una persona le tomaría meses en soldar sus huesos, a ella le tomara semanas a este ritmo– ambos intercambiaron una mirada de incredulidad.

La madre de Sara se enteró de un accidente en la carretera en la dirección a su hogar algo que la preocupó mucho, ya que era la misma carretera que su hija tomaba para regresar a casa, sus miedos se confirmaron cuando una de las enfermeras le confirmó que efectivamente era su hija al confirmarse su identidad por sus documentos personales, llegó toda ensangrentada con un millar de moretones por todo su cuerpo se podía ver el hueso astillado saliendo por su brazo derecho y varios cortes que no paraban de sangrar, los paramédicos habían hecho lo posible por mantenerla estable.

La noche fue eterna, Sara estuvo varias horas dentro del quirófano y le faltaría otras cirugías más para curar su cuerpo malherido.

Pasaron tres días desde el accidente, su madre no se había movido de su lado, se encargó de bañarla, de revisar sus signos vitales, de cambiar las vendas y realizar todos los cuidados pertinentes, rezaba una plegaria cada hora y apenas salía a comer, ya en la tarde se quedó sentada en el sillón a un lado de la cama de su hija, dormida del cansancio y de las lágrimas que soltaba al saber que Sara estaba en ese estado y que no se sabía cuándo despertaría.

–Tome más muestras de sangre, piel y de médula, si es necesario, saquen radiografías y tomografías, hagan todos los estudios que puedan, quiero descubrir de dónde proviene su asombrosa recuperación– dijo Daniel

cerrando la carpeta que contenía el expediente completo de Sara.

–Si su madre pregunta, ¿Qué le decimos?– pregunto la enferma.

–Convénzanla de que son exámenes necesarios para asegurarnos de que su recuperación sea completa, quiero saber a toda costa el secreto que se esconde dentro de ella– dijo mirando a Sara a través del cristal de la habitación de cuidado intensivo.

Capítulo 4

III

Todo era oscuridad, se escuchaba el viento correr y silbar escabulléndose a través de todo a su paso, lo podías sentir rodeando tu cuerpo engulléndote por completo, podías atraparlo con las manos aun cuando este se escapaba entre los dedos y a lo lejos el estruendo de una tormenta aproximándose. Sara abrió los ojos lentamente mirando a su alrededor, veía la costa desde un punto muy alto, las olas del mar lanzadas contra la orilla, se dio cuenta de que estaba parada en lo alto de un risco, los árboles y la vegetación a su espalda se bamboleaban con el fuerte vendaval que las azotaba tratando de arrancarlas de raíz, levanto su brazo derecho vio que tenía varios trazos pintados por toda su piel, símbolos que se entrelazaban con otros, algunas líneas eran tan grandes que cubrían gran parte de su piel y otras pequeñas y finas que terminaban en los nudillos de los dedos, toco con su mano izquierda aquellos extraños trazos, notando que este también estaba envuelto de aquellos símbolos. Poco a poco empezó a ver partes de su cuerpo, sus piernas, sus muslos, su vientre, su abdomen y sus senos, todo su cuerpo desnudo estaba cubierto de extraños símbolos.

–¡Sara!– se escuchó a lo lejos de alguna parte que no preciso, la voz de una mujer que se perdía en el torrencial ruido.

Sara sintió como su brazo derecho empezaba a escocerle aquel calor nacía dentro de ella, expandiéndose y consumiendo cada fibra de su ser, cerro los ojos, se abrazó así misma mientras sus piernas flaqueaban soltó un fuerte grito de dolor, todo el estruendo hasta el mismo viento se detuvo al instante. Respiraba con dificultad agitada por el caos que se desataba, el calor era sofocante, cada centímetro de su cuerpo se había encendido y los símbolos en su piel eran como venas palpitantes que transportaban ese calor, esa energía que nacía dentro de ella.

En todo ese silencio escucho el llanto de una mujer, Sara no quería abrir los ojos, temía que pasara algo peor de lo que ya sentía si lo llegase hacer, el llanto se hacía cada vez más fuerte al punto que lo podía escucharla a su lado, se centró en aquel sollozar, sonaba familiar, sabía a quién pertenecía, pero no podía recordarlo, su cuerpo empezó a sentirse ajeno apenas lo sentía y aquel calor había desaparecido gradualmente, solo quedaba una sensación cálida que recorría el dorso de su mano izquierda como si de un líquido cargado de energía fluyera constante garabateando un camino ficticio que se curvaba y serpenteaba en varios trazos imaginarios hasta su brazo.

Cuando abrió los ojos, tardo un poco en aclarar la vista, vio que del techo colgaba lo que parecía una lámpara fluorescente que iluminaba una

pequeña habitación, poco a poco sus pupilas se ajustaban a la claridad del entorno, busco el origen de aquel llanto que seguía sonando junto a ella, giro la cabeza con algo de dificultad, le dolía el simple hecho de respirar y su cuerpo estaba entumecido, logro vislumbrar a alguien junto a ella parecía un borrón sin forma definida, cuando se aclaró logro reconocer la figura de una mujer, se dio cuenta de que era su madre.

–Ma... mamá– susurró casi inaudible, la garganta le escocía como si se hubiera vuelto de lija.

Su madre estaba recostada al lado izquierdo de su cama con la cabeza sobre su mano mientras ella la sujetaba con fuerza, Sara reconoció el roce de sus manos que la apretaban fuertemente, aquel calor que sentía era parecido al que acababa de soñar y aquel líquido que recorría su brazo eran sin duda las lágrimas que su madre derramaba.

–Mamá– repitió con algo de dificultad.

La madre de Sara levanto la mirada, tenía una expresión entre una mezcla de asombro e incredulidad, sus ojos rojos acompañados de varios hilos de lágrimas rodaban por sus mejillas, el cabello hecho girones y sus labios a media palabra, hubo un silencio corto y una sonrisa de esperanza se formó casi al instante en su rostro.

–¡Sarita!– dijo ella mientras se abalanzaba a abrazarla, empezando a llorar con más intensidad –Sarita– repitió varias veces con la voz llena de alegría.

–Mamá, ¿Qué paso?– susurró Sara –¿Dónde estamos?– pregunto desorientada.

–Tuviste un accidente de regreso a casa– dijo la madre limpiándose las lágrimas y apartándose un poco para poderla tener en frente.

Los recuerdos de Sara eran confusos como una película entrecortada y vista a alta velocidad no podía recordar con exactitud lo sucedido, apenas varias imágenes borrosas y confusas cruzaban por su memoria, hasta que recordó una en especial, la de alguien que la cargaba en sus brazos y cuya silueta era la de una persona normal, pero ¿Con la envergadura de unas “alas” en su espalda?

–Una conductora que iba de paso llamo a emergencias cuando vio una explosión a un lado del camino, te encontró inconsciente a unos metros lejos del accidente, es un milagro que hayas podido escapar, la camioneta quedo totalmente destruida, te trajeron de inmediato, desde la cirugía has dormido 3 días enteros– soltó un suspiro de alivio mientras sus palabras salían desordenadas –pero estás bien, despertaste y estás conmigo, aunque aún tienes que descansar– dijo su madre mientras la recostaba y

la cobijaba con las sábanas.

Sara se sentía cansada y adolorida a pesar de luchar por mantenerse despierta y saber más de lo que había sucedido, su ser se sumía lentamente en un plácido dormir, descansar le haría bien, sus intentos por mantenerse despierta fueron inútiles. Poco a poco se desvanecía, su madre acarició su cabeza mientras susurraba algo que apenas lograba escuchar, trato de enfocarse en las palabras que sonaban, pero su lucha fue en vano, había caído profundamente dormida.

Capítulo 5

IV

La mañana era cálida, el sol brillaba con intensidad filtrándose por la ventana, un haz de luz dio justo sobre los parpados cerrados de Sara lo que la molesto y la hizo despertar. La habitación estaba casi vacía a excepción de las máquinas que median sus signos vitales los cuales eran mucho menos ostentosos que de los que recordaba haber visto la vez que despertó junto a su madre, se sentía desorientada con el cuerpo lleno de pesadez se preguntó cuantos días habrían pasado desde ese día, se sentía bien, su cuerpo se sentía mejor, aunque el calor de su brazo derecho no había disminuido algo que no le incomodo ni un poco, estaba roto y suponía que aquello era "normal" además estaba enyesado por lo que no podía hacer algo al respecto aunque quisiera.

Estiro su cuerpo todo lo que pudo, las yemas de los dedos de su mano izquierda rozaron la cabecera de la cama y los dedos de sus pies estaban lejos de llegar a topar el borde inferior de la misma, sentía dolor en ciertas partes, pero eran fugaces, tomo el control de la cama y elevo el espaldar a una posición cómoda. Los minutos pasaron y todo su cuerpo empezaba a responder poco a poco, miro al techo sumergiéndose en sus recuerdos tratando de recordar el accidente, algo que no surtió mucho efecto, ciertas partes seguían borrosas, en especial lo que había sucedido después de que algo cayera estrepitosamente en el capó.

De repente, sus pensamientos fueron interrumpidos por el golpeteo rítmico proveniente de la puerta de la habitación.

–Adelante– dijo Sara sentándose con cierta dificultad.

Varios globos de muchos colores, tamaños y formas cruzaron el marco de la puerta desfilando en una escena muy colorida, eran muchos que de seguir así llenarían la habitación por completo.

Un chico entró en medio de aquel desfile, tenía el rostro pintado de blanco, los labios resaltados con un labial rojo y dos líneas verticales con la forma de estrella sombreando sus ojos y resaltando sus cejas, llevaba puesto una camiseta blanca a rayas negras horizontales y un pantalón negro con tirantes rojos, un conjunto un tanto estrafalario. Tendría cerca de 22 a 25 años por su cuerpo estilizado, su cabello alborotado y su rostro inocente le hacía dudar de haberle atinado a la edad.

El mimo sonrió mientras sacaba de su bolsillo un pequeño silbato que colocó entre sus labios, señaló los globos indicando a Sara cuál de ellos era el que más le llamaba la atención, ella dudó en aceptarlo, seguía inspeccionando de cabo a rabo los rincones de aquel chico hasta que

alcanzo a leer un estampado en su camiseta, un pequeño logo en el pecho cerca del corazón.

“Mimo” se leía.

Sara no entendía la obviedad del nombre, mucho menos quien era o que hacía ahí, hasta que recordó que su madre le contó una vez que en ocasiones llegaban personas que hacían sonreír a los enfermos, payasos, mimos, gente disfrazada de superhéroes para los niños, todos con la intención de alegrarlos mientras se recuperaban. ‘La risa es la mejor cura’.

–¿Eres una de los voluntarios?– preguntó Sara.

El chico sonrió de la emoción mientras afirmaba con la cabeza.

Acto seguido señaló uno a uno los globos hasta que Sara asintió en uno del color que le gustaba. El Mimo tomó el globo por el hilo que lo ataba al resto, cuando se acercó para entregárselo he hizo una expresión de asombro al ver el yeso en su brazo derecho seguido de un ademán a manera de escribir, Sara entendió que él quería plasmar algo en su yeso alguna frase motivadora o algo por el estilo. Asintió y el Mimo salto de alegría, saco un pincel y un botecito que contenía lo que parecía ser una tinta roja, algo espesa y oscura como la sangre.

Estiro el brazo lo poco que pudo mirándolo intrigada y curiosa de saber qué era lo iba a escribir y más con aquella tinta roja, cuando el mimo se acercó, los globos lo cubrieron por completo, Sara trato de apartarlos, pero era como si se interpusieran entre ellos cubriéndolo de lo que hacía, fue inútil mientras retiraba un globo otro tomaba su lugar haciendo imposible poder verlo.

Escucho varios susurros que no alcanzo a entender. –¿Qué estás haciendo?– dijo incómoda mientras trataba de retirar su brazo.

Sintió como el pincel marcaba el yeso desde el brazo hasta que llego al dorso de su mano algo imposible, ya que el yeso que le cubría debería interponerse, empezó a sentir un líquido caliente sobre su piel, Sara se asustó, trato de retirar el brazo, pero él la sujeto con fuerza.

–¡Suéltame!– insistió mientras tiraba de su brazo y apartaba los globos que se amontonaban uno tras otro.

Sentía como varias líneas recorrían de su mano hasta su palma. Poco después los globos se retiraron y el chico la miro con una sonrisa, Sara miro su brazo y su mano, estaba asustada por lo que había sucedido, pero ahí no había nada ni una señal de la tinta roja ni una sola gota que marcara su piel o el yeso, miro las manos del Mimo los pelos del pincel

estaban manchados de rojo sangre y el botecito que contenía la tinta estaba vacío.

No entendía lo que había sucedido, aún sentía los pelos del pincel en contacto con su piel y la tinta cálida que se supone dibujo al recorrer su dorso hasta la mano, pero ahí no había nada ni una sola gota.

Sara empezó a sentir que su brazo derecho poco a poco se calentaba este calor se extendió comenzando desde las yemas de sus dedos subió al antebrazo, después a su codo al poco tiempo era todo su brazo derecho continuó hasta pecho y posteriormente se esparció por todo su cuerpo, le dolía aquel calor abrazador provocando que soltara un pequeño gemido ahogado, se retorció del dolor que empezaba a mermarla desde adentro, el mundo a su alrededor se desenfocó ya sea porque cerraba los ojos con fuerza o por las lágrimas que se le escapaban, pero una imagen quedo clara en medio del caos, la del Mimo que la miraba y no quitaba la sonrisa de su rostro.

Hasta que todo se detuvo de golpe, Sara se había desmayado.

Capítulo 6

V

Sara sintió una punzada en su mano derecha seguida de un fuerte dolor que recorrió todo su brazo, lo que provocó que se despertara poco a poco de su sueño, se sentía cansada y su cuerpo le dolía mucho más que antes, apoyo el brazo izquierdo en la cama para levantarse un poco, mientras se despertaba escucho un susurro que venía de alguna parte. Miro a su alrededor buscando sentido a lo que estaba sucediendo, el día había acabado volviéndose noche, exactamente la 1 de la mañana marcada en el reloj de la pared.

Como un instinto miro su brazo derecho recordando lo que el Mimo le había hecho, pero no había nada ni una sola marca, ni una gota de la tinta roja, dudo de sí misma como si aquello hubiese sido solo un sueño, lo que no hubiera sido nada extraño tal vez provocado por los medicamentos que le causaron alucinaciones aquello también explicaría por qué ahora le dolía más el cuerpo. Miro alrededor buscando a su madre, cuando noto un hilo atado en el barandal de la cama, lo siguió con la mirada, este ataba un globo en su extremo, el mismo globo que ella había elegido.

–Deberían poner un poco de música en este lugar– dijo alguien por los pasillos –Combinarlo con otro color, yo qué sé, aquí se siente ha muerto– continuó su parloteo.

Sara respingó al escucharlo, se había quedado pensando en aquel Mimo y lo que había sucedido.

–¡No!– Grito repentinamente aquel chico, asustando más a Sara –¿Mi libro dónde lo deje? ¿Dónde? ¿Dónde? Si alguien lo encuentra se lo llevará y no sabré en qué termina, ya solo me faltan un par de capítulos...– dijo mientras exageraba y dramatizaba.

Sara se levantó con algo de dificultad hasta quedar sentada en la cama, sujeto su brazo adornado de varios tubos y cables que tenía pegado al cuerpo, sentía curiosidad de la persona que armaba tal escándalo, pero más era la curiosidad de saber por qué nadie se había percatado o que lo hubieran callado, se cubrió con una bata por encima de sus hombros atándolo por la cintura con el lazo, se puso unas sandalias tomo el atril para apoyarse en él; se acercó a la puerta y vio a un chico caminar en círculos a unos metros de ella, iba y venía con la mirada perdida buscando entre sus pensamientos.

–¡Ya sé!– dijo entusiasmado –En la morgue cuando fui a buscar un café, ese maldito fantasma me asusto, por eso salí rápido de ahí, puff si no

tuviera la cabeza pegada al cuerpo– dijo riéndose solo.

Su actitud era extraña y a Sara no le había caído nada bien la forma como se expresaba ni como se comportaba en el hospital, ni el ruido que causaba a esas horas de la madrugada, lo extraño aparte de que nadie se diera cuenta de su escándalo, era que él le recordó al mimo con su cabello despeinado y su contextura. Tras imaginarlo pintado el rostro y con otra ropa podría asegurar que era él, lo que había vivido no era un simple sueño necesitaba respuestas, aunque las preguntas aún se estaban formulando en su cabeza.

Cuando se dirigía a la cama escucho el mismo susurro que antes de despertar, empezó a sentir algo en su interior que tiraba con fuerza, la llamaba, la necesitaba. Se sujetó el brazo enyesado, si se había dispuesto a buscar respuestas ahora estaba decidida, se acomodó la bata y cuando estaba saliendo de la habitación, los tubos en su cuerpo la detuvieron, Sara se los arranco todos de un solo tajo, no dudo en hacerlo ni había hecho algún gesto de dolor al hacerlo, camino sin un rumbo fijo solo sentía que debía seguir aquella extraña fuerza que la llamaba.

Recorrió los pasillos, había esquivado a varias enfermeras y al personal de limpieza, a veces pasaba por el mismo lugar dando vueltas sin rumbo fijo, hasta que se topó con una puerta de servicio entre abierta cuando se dio cuenta estaba subiendo las escaleras de salida de emergencia, subió con dificultad su cuerpo malherido, llego hasta el final donde había una puerta que daba a la azotea, se alistó para salir cuando escucho a alguien quejándose afuera, miro a través del pequeño espacio que había en la puerta entreabierta, las luces del edificio apenas daban una imagen algo clara del lugar, pero aun así se volvía difícil reconocer algo a alguien ahí fuera, había una silueta que estaba sentada, por la distancia debía de estar al filo del edificio escucho que decía algo, pero el viento hacía difícil descifrar sus palabras, era como si hablara con alguien más. Sara buscó en los alrededores, no había nadie de pronto un fuerte viento le golpeo el rostro, cerro por un instante los ojos cuando los pudo abrir había alguien atrás de aquel chico la figura de alguien alto.

El fuerte viento apenas dejaba escuchar la conversación que tenían y la fuerza que Sara sentía que la llamaba se había apagado.

– Te he estado esperando desde hace una hora aquí– reclamó uno de ellos
– Tengo el culo plano y congelado, pero claro, a ti se te hace fácil porque llegas a cualquier lugar en un par de minutos–.

Las palabras apenas llegaban, el viento aumentaba de intensidad mientras veía en el horizonte una tormenta que se acercaba imparable, los rayos y truenos anunciaban que sería una fuerte tormenta. La persona que estaba a su lado no se había movido desde su llegada, aunque la verdadera pregunta era ¿De dónde había salido? Si hace un instante no había nada

más que material de construcción y aquel chico al borde de la cornisa, la curiosidad hizo que Sara empujara un poco la puerta la cual soltó un chirrido. Ella se asustó y se ocultó casi al instante.

–Antes tal vez pudiera, pero eso era cuando tenía mis...– detuvo el parloteo.

Sara sintió que la habían descubierto por culpa del chirrido de la puerta por la forma que se cortó la conversación.

–Bueno, no importa, debes tener tus razones amigo mío– continuó el chico.

Sara reconoció aquella voz, era del chico de hace un rato que estaba por los pasillos haciendo burla del lugar. Trato de afinar su oído, pero fue imposible escuchar una palabra más, se acercó con cuidado para mirar lo que hacían.

Cuando se callaron la lluvia empezó a caer aumentando de intensidad. Ambos permanecían parados al filo de la cornisa, uno de ellos estiro su cuerpo estirándolo tanto como si quisiera tocar el cielo en su intento.

–Fue un gusto hablar contigo, casi no me dejaste decir una sola palabra. Deberías ser orador o animar fiestas– dijo en tono burlón.

Sara no lo podía creer lo que paso después, su cuerpo se congeló al instante ante el acto que presenciaba, quería gritar y evitar a toda costa que la decisión de uno de los chicos se cumpliera, pero era demasiado tarde. El que había aparecido de la nada se había lanzado al vacío y su amigo no hizo nada para detenerlo, solo se quedó mirando.

–¡Presumido!– escuchó gritar a modo de reclamo.

Sara puso la mano en su boca evitando así gritar, alguien acababa de saltar y su amigo no había hecho nada para detenerlo, su respiración se aceleró, quería pensar que todo era un sueño, que seguía dormida y que esto no estaba pasando, cuando vio al chico acercarse era tarde para bajar las escaleras de emergencia, se presionó contra la pared esperando que no abriera la puerta por completo así podría ocultarse entre la pared y la puerta, su respiración se agitaba mientras la puerta se abría lentamente en cualquier momento se presionaría contra ella.

La puerta se detuvo a un par de centímetros en frente de su cuerpo, no había más ruido que de la tormenta que había afuera, el viento le congelaba las partes de su cuerpo que la bata o su ropa no le cubrían y la lluvia mojaba los dedos de sus pies a través de las sandalias.

Varios segundos después, acerco la cabeza al filo de la puerta.

–No deberías escuchar conversaciones ajenas– dijo el chico bajando las escaleras presuroso, a veces saltándose varios escalones, acompañado del silbido de una canción que Sara no alcanzo a escuchar, su corazón latía muy fuerte que podía escucharlo golpetear en sus oídos, mientras su cuerpo no respondía a causa del miedo que sentía.

Capítulo 7

Capítulo Dos

Varias enfermeras cruzaban por el pasillo pasando junto a la habitación de Sara prestaban disimuladamente atención al sermón que su madre le daba, una de las enfermeras se acercó a las demás, con un ademán señaló lo que se podría interpretar como '¿Qué pasa? ¿Por qué de aquel escándalo?'

–La enfermera que la estaba cuidando no la encontró en la habitación cuando regreso– susurro una de las enfermeras –se asustó y de inmediato pidió ayuda al personal de seguridad para encontrarla, las cámaras encontraron a la chica cruzando los pasillos de un lado a otro sin rumbo fijo–.

–Parecía drogada– añadió una de ellas.

Los cuchicheos siguieron variando cada vez más en la trama y la situación, mientras pasaba de boca en boca.

–¡Como pudiste hacerte esto!– reclamó la madre de Sara sujetándole el brazo izquierdo, se había arrancado las intravenosas, lo que le había provocado varias heridas ya cicatrizadas.

Sara miró su brazo, se sumergió en sus pensamientos recordando lo que había hecho y en efecto ella se los había arrancado, sin sentir dolor alguno, sin pensar en las consecuencias.

–¿Sara? ¿Me estás prestando atención?– reclamó la madre al darse cuenta de que su hija se había envuelto en sus pensamientos mirando las heridas de su brazo.

Sara levantó la mirada observando la ira en el rostro de su madre mezclado con preocupación, confusión e impotencia.

–¿Qué hacías ahí arriba?– suspiró su madre –¿En qué estabas pensando?–.

Sara no respondió sabía que ya era muy loco haber sentido aquel impulso acompañado con ver que alguien había saltado de la azotea y que el hospital seguía como si nada, al preguntar a las enfermeras sobre alguna persona que se haya lanzado del hospital solo recibía miradas de indiferencia como si sus preguntas fuesen alucinaciones disparatadas. Agachó la cabeza, estaba triste por lo que le había causado a su madre,

no podía explicar algo que ni ella podía creer.

–Lo siento mamá– dijo apenada.

–Sarita sabes que eres mi mundo, mi todo y si algo te llegara a pasar no sé qué haría, lo del accidente y ahora esto. Me preocupo por ti y saber qué haces estas cosas en verdad no te entiendo, sé que no he podido estar siempre a tu lado y te pido perdón por ello– dijo su madre con lágrimas en los ojos. –Tengo que ir a casa a buscar unas cosas, no tardaré nada, solo quiero que me prometas qué no harás más locuras–

–Lo prometo– dijo Sara abrazándola con algo de dificultad.

La recostó en la cama y le dio un beso en la frente, Sara se sentía mal por las preocupaciones que había provocado cada vez entendía menos esta locura, cerró los ojos tratando de descansar un poco, su cuerpo seguía herido y con lo que hizo anoche había dado un poco más de carga a su recuperación que al parecer volvía “a ser normal” según el cuchicheo de varias enfermeras.

Capítulo 8

I

Sara escuchó las risas juguetonas de una niña pequeña, lo que provocó que despertara poco a poco de su dormitar, las horas habían transcurrido hasta volverse un nuevo día, notaba como su cuerpo volvía a su ritmo habitual, aunque ahora cada centímetro del mismo tenía un dolor que variaba de intensidad, aquella morfina que la había adormilado el cuerpo en su recuperación al parecer se terminaba y ahora vendría la verdadera recuperación, aunque la coincidencia más notable era que todo sucedía después del incidente con el Mimo. Unas risas juguetonas aumentaron de intensidad acompañados ahora por gritos de alegría.

Una pequeña figura corría por los pasillos, sus pasos no se detuvieron ni un solo instante, iban y venían en un jugueteo que Sara solo podía observar desde su cama. Al poco rato una niña pequeña de apenas unos 3 años entraba a la habitación. Su mirada recorría cada centímetro del mismo en búsqueda de algo en específico, supuso Sara. No paso mucho hasta que la niña se escondía entre unos aparatos médicos acomodados en una esquina de la habitación, se ocultó lo mejor que pudo en aquel pequeño espacio entre la mesa y la pared.

Sara la miro con ternura, la niña sonrió e hizo un ademán tapando su pequeña boca con la mano –ssssshhhhh– resopló mientras se reía.

Pasaron un par de minutos hasta que la niña salió de su escondite miro por el pasillo a través de la puerta abierta, cuando se percató que no había nadie afuera salió corriendo en búsqueda de un nuevo lugar para esconderse.

–¡Si te encuentro ganó y seré el mejor del mundo mundial en las escondidas!– gritó alguien por el pasillo.

Sara reconoció esa voz, sintió una especie de electricidad que recorría su cuerpo, aquella era la misma voz que hace unas noches se quejaba del hospital y la misma que le había amenazado en la azotea. Se levantó sin dudar, tomo una bata y se cubrió el cuerpo.

El corredor estaba repleto de gente que iba y venía, echo una mirada tratando de encontrar al chico y para verificar si su madre no andaba cerca, pero no podía verlo ni escucharlo entre las varias personas que pasaban y por suerte su madre aún no regresaba.

–¡Será mi victoria!– se escuchaba cerca sin poderlo ubicar, era como si su

voz sonara en un lugar, pero lo confundieras por otra ubicación.

Las risas de la niña volvieron a sonar con fuerza y mucha emoción.

–¡Ya te vi!– dijo el chico corriendo tras de ella o eso es lo que parecía por los varios pasos presurosos.

La niña salió corriendo de una de las habitaciones, Sara la vio cruzar por el final del pasillo esquivando de milagro las piernas de las personas, era el momento, lo hacía ahora o dejaba perder la oportunidad de resolver las dudas que tenía, fue tras ella estando segura de que si la hallaba lo encontraría a él también.

Seguirle el paso era difícil, tenía el cuerpo herido y adolorido, por suerte ahora no tenía ninguna intravenosa pegada a su piel, pero aun así se las ingenio para separarse de los cables que monitorizaban sus signos vitales, evitando así que saltara alguna alarma, continuó decidida por los pasillos perdiendo de vista a la niña por instantes, hasta encontrarla parada dentro de una habitación cerca de la puerta, se reía mientras hablaba con alguien que estaba frente a ella, pero no podía ver quien era, la cortina de la habitación se interponía. Sintió su corazón acelerarse del miedo, de la incertidumbre, del que diría o haría al encontrarlo. Algo era seguro, pediría explicaciones a todo lo que estaba sucediendo.

La niña movió la cabeza de arriba abajo como afirmando, levanto sus pequeñas manos dibujando varias figuras en el aire.

–Está bien. Ahora si me encuentras. Ganarás por siempre– dijo el chico.

Sara llegó poco después, al ingresar a la habitación lo reconoció, era él, estaba agachado en cuclillas frente a la niña, llevaba puesto un jean azul y un buso manga larga que cubría sus manos y parte de sus dedos. El chico levantó la mano repentinamente, mostrando su dedo índice a modo de silencio hacia Sara antes de que ella pudiera decir una sola palabra.

–¿Es tu amiga?– pregunto la niña mirando a Sara, aunque sus ojos reflejaban una confusión que supuso que se debían a los vendajes en su cuerpo.

–No es nadie– respondió el chico sin siquiera mirarle.

Sara se enojó al escuchar esas crueles palabras.

–¿Cómo te puede hablar? No dijiste la plegaria– reclamó la niña a Sara.

–La dijo, pero no escuchaste, nunca escuchas ni me escuchas. Pero

bueno, ¿Seguimos jugando?–

–Siiii– dijo entusiasmada la niña que salió corriendo, perdiéndose entre los pasillos casi al instante.

–Es mejor que olvides todo esto, mientras menos sepas mejor será para ti y todo lo que crees conocer– su tono de voz había cambiado, se endureció.

–¿Qué fue lo de anoche?– preguntó Sara –¿Quién eres? ¿Y aquel chico que salto?–

–¡12!– gritó el chico acercándose a la puerta –No soy nadie, no soy nada, solo olvídale, olvida todo esto y vete–

Sara sintió miedo al escucharlo, lo tomó como una advertencia que no debía ignorar, pero quería darle un sentido a todo lo que sucedía.

–¡22!– volvió a gritar mostrando total desinterés a sus preguntas o siquiera su presencia, se mantenía ahí porque Sara se interponía entre él y la puerta.

Sara se enfureció al sentirse ignorada –¡Quiero respuestas! –

–¡27!– gritó el chico –podría contar hasta el infinito y ella no lo sabría– sonrió como si aquello fuera un hecho –¡Aguacate!– gritó muy fuerte –Así que digo aguacate para que encuentre un escondite– sonrió sin prestar atención alguna, se acercó a la puerta esquivando con agilidad a Sara y salió de la habitación tan rápido como pudo, perdiéndose mientras esquivaba a la gente sin siquiera tocarla.

Sara no se daría por vencida, salió de la habitación siguiéndolo en su huida, ella no se detendría hasta saber a qué se refería, quería pedirle a la gente que lo detuviera, pero ya era tarde y en parte pareciese que las personas que pasaban junto a él ni siquiera se inmutaban de su presencia o de lo cerca que estaban de chocar.

Pasaron varios minutos y era como si el chico y la niña se hubieran esfumado de la nada, tuvo suerte en pasar desapercibida, no quería que alguna de las enfermeras le contara a su madre que le había desobedecido y que andaba por los pasillos sin rumbo fijo como lo hacía ahora.

Después de varios minutos se había rendido, los hubiera buscado debajo de las piedras si fuese necesario y ni así los habría encontrado, se sentó en un sillón del corredor de la sala de visitas, estaba cansada y la adrenalina en su cuerpo se agotaba, por lo que los dolores se volvieron

palpables.

–¡Atrápame!– gritó repentinamente la niña.

Sara la busco casi al instante, viéndola salir de la ventanilla de una habitación que estaba cerrada, lista para saltar al vacío. Su corazón latió a mil por hora del miedo que provocaba imaginar a aquella niña caer de esa altura, casi grita del susto. Un hombre alto se acercó a toda velocidad atrapándola en el aire. La niña se reía mientras lo abrazaba con fuerza.

–¡DANNA! ¡Jamás vuelvas hacer eso!– le regañó su padre –Es peligroso– suavizo la voz al notar los ojos vidriosos de su hija –podrías haberte lastimado y dime, crees que a Mamá le guste eso, Mamá se pondría muy triste si te pasa algo– le regañó.

Danna estuvo a punto de llorar hasta que su padre la levanto en sus brazos y la abrazo.

–Debemos irnos, Mamá está esperando en el auto– dijo más calmado, al parecer la había buscado por todas partes.

Sara los veía a lo lejos, si la niña estaba aquí era más que seguro que aquel chico también.

Lo vio salir al frente de la habitación de donde Danna había saltado, se despidió de Danna sin notar la presencia de Sara, la niña también se despidió de él.

–¡¡¡Adiós!!!– gritó Danna con una sonrisa.

Sara aprovechó ese momento para acercarse a él mientras estaba despistado despidiéndose de Danna, el chico se acercó a Danna con la intención de chocar manos antes de despedirse y cuando lo hiciera Sara lo acorralaría, pero su júbilo duro muy poco al detenerse en seco ante el acto que presenciaba. El padre se giró en búsqueda de la persona de la que su hija se estaba despidiendo, pero no la encontraba a pesar de que lo tuviera en frente a unos cuantos pasos.

Apresuro el paso aun si el fuera un fantasma, lo que explicaría por qué el padre no podía verlo, ella llegaría hasta las últimas para responder sus dudas.

–¿A dónde vas?– dijo la madre de Sara sujetándole el hombro izquierdo
–¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando– le reclamó.

–Na na... nada– dijo buscando una respuesta –Solo quería...– las palabras

apenas salían de su boca.

–No querías nada– dijo su madre jalándola de la oreja y llevándola de nuevo a la habitación. Al final Sara no pudo hacer nada, mientras aquel chico salía por la puerta principal del hospital.

Capítulo 9

II

Sara miraba el techo de la habitación, sus ojos apuntaban hacia la nada envuelta en todos los eventos que había pasado: aquel muchacho extraño cuya presencia pasaba desapercibida para toda la gente, excepto para ella y una niña, la silueta de un hombre con alas que la salvo del accidente, el hecho de que alguien había saltado de la azotea y muchas cosas más que parecían ilógicas.

Lo más curioso era el muchacho, era como si nadie se percatara o notara su presencia, hace poco Sara había gritado de la misma forma como lo hizo él; llamo la atención de todo el piso, algunas personas la miraron y un par de enfermeras la fulminaron con la mirada, la habían escuchado claramente a pesar de haber gritado un poco más bajo a causa del miedo de que no fuera una buena idea.

De pronto como un rayo tuvo una revelación algo incómoda.

–¿Un fantasma?– musito mientras las ideas iban desenvolviéndose una a una –Sería la única explicación para todo esto– tomo la almohada debajo de su cabeza para cubrir su rostro en un intento por concentrarse sofocando el ruido del hospital –tal vez el golpe me provocó alucinaciones o peor aún tal vez estaba en coma– sonrió nerviosa –Sea lo que sea todo es muy irreal y confuso–

Los pensamientos crecieron, la idea de que fuera un fantasma se clavó como agujas, daría explicación a porque nadie se percata de su presencia, los niños son la representación más pura de nosotros y era lógico que pudieran percatar ese mundo sobrenatural, también explicaría el hecho de que un hombre saltará de la azotea y que al día siguiente todo fuera normal y rutinario.

Cada vez se iba profundizando más en sus pensamientos, una idea se ramificaba en otra y esa última en varias más.

De la nada sintió como alguien se subía sobre ella y la sujetaba, Sara forcejeo para soltarse, trato de gritar, pero era en vano la almohada en su rostro apagaba su voz. Tenso todo su cuerpo y con un movimiento rápido pateo a aquella persona lanzándola lejos, se incorporó lo más rápido que pudo quitándose la almohada de la cara mientras respiraba agitada y asustada.

–¿Qué está pasando aquí?– dijo una enfermera entrando en la habitación

a causa de un fuerte golpe.

–Me ha lanzado de una patada– dijo la voz de una chica debajo de las sábanas que hace un momento cubrían a Sara.

–¿Raquel?– dijo confundida Sara al reconocer su voz.

–Este no es lugar para sus juegos, ya te lo habré dicho tu madre– recalco la enfermera con una mirada cortante, poco después se fue sin antes darles una mirada de que estaría vigilándolas.

–Eres mucho más fuerte que antes– dijo Raquel quitándose las sábanas de encima, varios mechones de su cabello se arremolinaron y otros permanecieron flotando en el aire a causa de la estática, se acomodó la ropa, el cabello y todas sus pertenencias para terminar envolviendo la sabana entre sus manos.

–Casi me matas de un susto– se defendió Sara –te has lanzado encima de mí y con una almohada en la cara–

–Lo siento hace poco me enteré de tu accidente y vine lo más pronto que pude– la voz de Raquel empezaba a entristecerse mientras su mirada su posaba sobre el cuerpo de Sara lleno de vendajes, curitas y un yeso en su brazo –gracias a Dios– sujeto las sábanas con fuerza mientras varias lágrimas nacían de sus ojos –estás bien– recorrió con la mirada el brazo enyesado.

Sara y Raquel, una amistad de años, se conocían desde la niñez y de ahí fue una amistad que creció con el tiempo, hasta que Sara tuvo que irse con sus padres. Siguieron en comunicación, aunque a veces pasaban semanas antes de saber una de la otra, poco después Raquel también viajó lejos a estudiar en el extranjero con su padre.

–¿Cómo has estado?– dijo Raquel secándose las lágrimas con el dorso de su mano.

–Un poco mejor, aún me duele todo, pero ya no como antes– mintió Sara, el forcejeo y la agitación habían causado varios dolores en todo su cuerpo, en especial en su brazo.

Miro su brazo enyesado y se preguntó qué había cambiado; antes el dolor era casi imperceptible, algo que podía llevarlo como una molestia mínima, pero ahora le dolía y no solo era su brazo, sino todo su cuerpo, sentía las molestias que supuso debería tener un hueso roto, ya que jamás se había roto uno y todo paso después de aquel chico disfrazado de mimo, era como si desde aquel día todo su ser volviera a una normalidad relativa.

-¡Sara!- Raquel tenía una mirada claramente de molestia -Te has vuelto a ir y me has dejado hablando sola- formó un puchero con los labios.

-Lo siento- sonrió Sara a modo de disculpa.

-Déjalo no tiene caso, siempre haces lo mismo, me pregunto ¿A dónde vas cuando te desconectas de la realidad? Mejor cuéntame que es lo que te ha pasado, tu madre me ha dicho algo, pero fue extraño ¿Cómo es eso de que terminaste en las escaleras de emergencia cerca de la azotea? ¿Qué hacías ahí?- Raquel acomodó las sábanas sobre la cama con sumo cuidado.

Sara se apartó un poco del filo de la cama, con unas palmadas en ese, lugar indico a Raquel para que se sentara a su lado.

-Me gustaría contarte algo, necesito sacar varias cosas que han pasado desde el accidente y creo que podrías ayudarme a darle algún sentido, porque yo no lo encuentro- dijo algo dudosa sin saber cómo reaccionaría Raquel al escuchar una historia que parecía más un sueño que una realidad.

Los minutos pasaron, Sara no dejaba de explicar lo que sucedió antes, durante y después del accidente, el chico misterioso que nadie podía ver, el sujeto que salto de la azotea y hasta la extraña sensación de que algo la llamaba.

-Todo suena a una fantasía- concluyo Raquel -no quiero decir que sea mentira, pero si tú lo dices, debe ser verdad y no, no he escuchado de que alguien se hubiera lanzado de la azotea del Hospital-

Sara pensó decirle sobre la hipótesis de que serían fantasmas, pero mejor lo olvido ya tenía suficiente con todo lo que le había dicho y escuchar algo sensato le caería bien.

-¿Lo has vuelto a ver? Me refiero al chico- añadió Raquel.

-No, desde ayer que se fue no lo he visto, ni lo he escuchado-

-¿Y la niña emmm...?- Raquel buscaba en su memoria el nombre

-Danna- dijo con un pequeño salto.

-Mi madre me dijo que ella estaba aquí porque su madre había dado a luz hace un par de días, pero ayer la habían dado de alta-

-Bueno, cuando lo veas me avisas y así sabremos si estás loca o no- dijo bromeando.

Sara tomó la almohada y la golpeó en la cabeza.

El golpeteo de unos nudillos chocando contra puerta interrumpió su amistosa pelea.

–Sarita– dijo la voz de una mujer que poco después entraba en la habitación.

–¡Hola Karen!– se emocionó Sara al ver a su amiga de trabajo.

Karen es una de las meseras de la cafetería donde trabajaba, es una chica muy hermosa, tenía el cuerpo esbelto y definido, uno que cualquier mujer envidiaría y que todo hombre desearía, su cabello oscuro, frondoso y liso acompañado de una piel de porcelana junto a unos ojos con un inusual color rojo fuego le daban un aire de misterio y tentación; todo un conjunto de perfección y sensualidad que terminaban con unos finos labios. Sara encontró en ella la humildad de jamás usar sus atributos a su favor, ni de aprovecharse de su belleza para conseguir algo, todo lo hacía con su propio esfuerzo, una de las cosas que Sara admiraba.

Un día Raquel fue a visitar a Sara en su trabajo, con el permiso de su antigua jefa le enseñó el lugar, el personal de la cafetería y en especial a Karen, fue en ese momento que una enemistad surgió entre Raquel y Karen. Decía que no se fiaba de ella, que tanta "perfección" era falsa y que algo ocultaba, Sara le explicó quién era Karen y que su presentimiento le decía que era una buena persona.

Al día siguiente Raquel volvió a la cafetería –Hola Carmesí– dijo con voz burlona, poco sutil.

La mayoría de empleadas la habían escuchado al igual que algunos comensales, fue entonces que de poco a poco la gente la llamaba Carmesí en vez de Karen, a ella no le molestaba lo tomó como un cumplido, el plan de Raquel por incomodarla había fallado. Al final todo el mundo la llamaba Carmesí, excepto Sara.

–¿Cómo te encuentras?– preguntó Karen acercándose a ellas.

–Yo, iré por algo de comer– interrumpió Raquel –salí muy temprano y no he desayunado, además creo que la moto soltaba un ruido extraño, por lo que aprovecharé para ver que tiene, quieres que te traiga algo– dijo mirando únicamente a Sara.

–No gracias, estoy bien– respondió Sara, confundida por la actitud.

–Tu Carmesí. ¿Quieres algo?– dijo con una mirada de pocos amigos.

-Lo que tú gustes será perfecto- respondió con una sonrisa sutil.

Raquel se levantó de la cama de un brinco, acomodando las cobijas y salió poco después de la habitación sin mirar atrás, Sara sabía que ella había hecho eso para no estar cerca de Karen y que tardaría un buen tiempo en volver.

-Todas en el trabajo estamos preocupadas por ti, desde que nos enteramos quisimos venir a verte, pero no hemos podido localizar al jefe- dijo Karen acercando una silla a lado de la cama.

Sara sintió una corriente fría recorrer todo su cuerpo al escuchar la mención de su jefe.

-Ha desaparecido como si nada y nadie sabe dónde está, ni siquiera su esposa-

-¿Desde cuándo no lo ven?- dijo Sara.

-Desde el día de tu accidente, no se sabe nada de él. Una de las meseras dijo que lo había encontrado en la bodega cuando tú arreglabas la bodega, después de que te fuiste de ahí, él desapareció como por arte de magia-

Un hecho extraño se sumaba a la lista de cosas raras que pasaban.

-Bueno, dime ¿Cómo te sientes?- cambio de tema Karen, al notar la incomodidad en el rostro de Sara, no le había contado la otra parte que la mesera había presenciado para no incomodarla más.

Sara levantó el brazo enyesado. Karen lo miro por unos instantes su expresión cambio a modo de ver en el algo extraño, Sara también miro su brazo buscando aquello que había llamado su atención.

-Espero te recuperes pronto ¿Cuándo te darán de alta?- añadió Karen desviando la mirada.

-En un par de días, el doctor Daniel me ha hecho un montón de exámenes y todo al consentimiento de mi madre para asegurarse de que no tenga algún efecto secundario tras la cirugía y los medicamentos, pero escuche algo extraño cuando estaba medio dormida mientras el doctor hablaba con una enfermera-

-¿Algo extraño?- dijo con intriga Karen. -¿Qué fue lo que dijo?-

-Se preguntaba cosas sobre mi recuperación, cosas como que mi recuperación ahora era normal, pero que antes era asombrosa que mis heridas sanaban a una gran velocidad, al igual que la fractura de mi

brazo, sonaba como frustrado y decepcionado. No entendía mucho de lo que decían, era como un sueño-

La mirada de Karen tenía un toque de molestia, pero Sara no sabía a qué se debía. Hablaron por mucho rato sobre cosas en general y de los mil y un planes que debían hacer después de su recuperación, en todo ese tiempo Raquel no apareció hasta entrada la tarde.

Capítulo 10

III

Sebastián retiró el cabello del rostro de la mujer más hermosa, aquella mujer a quien le había entregado su vida, su alma y su corazón. Ella dormía a su lado, completamente desnuda, apenas cubierta por sábanas de seda blanca, la amaba como la primera vez que el destino los junto aquella época que solo los dos recordaban.

Recorrió su mejilla con el dedo hasta llegar a sus labios, ella lo noto, pero no hizo nada, fingía estar dormida como todas las mañanas, siempre escuchaba lo que Sebastián susurraba, los miles de sonetos, los millares de poemas que le dedicaba y cientos de historias.

La mano de Sebastián se deslizó por su cuello hasta su hombro, siguió recorriendo su camino como si tocará la seda, su piel era tersa y delicada, podías dejar la huella de un beso marcada en ella. El roce de la yema de sus dedos con la piel de su amada provocaba una leve corriente que la hizo sonreír, ella trató de ocultarlo con un movimiento de su cuerpo, Sebastián sonrió carismático ante el acto, se acercó al oído despacio manteniendo el encanto de que ella siguiera durmiendo.

–Te amo– dijo susurrando y sellándolo con un beso en el hoyuelo de su mejilla formada por una sonrisa que fue inevitable ocultar.

Ella lo miro, se apoyó en sus pies estiró un poco el cuerpo hasta alcanzar sus labios, varios besos nacieron y siempre uno pequeño al final como un pacto en silencio.

Sebastián la abrazo acercándola a su pecho, de pronto el cielo se ennegreció sin previo aviso se había vuelto completamente oscuro de no ser por los rayos que iluminaban entre flashes, sintió una angustia y el miedo que recorría su cuerpo, sentía en sus manos un líquido caliente que se hacía cada vez más intenso, acercó la mano hasta su rostro mientras un rayo lo revelaba. Una mancha roja tomaba fuerza y se volvía cada vez más grande debajo de ella.

Los truenos se volvieron caóticos, Sebastián se había paralizado del shock, no podía entenderlo, no reaccionaba, la sola idea de apartar el cuerpo de su amada de su pecho y descubrir el trágico final lo llenaban de pánico, un rayo cayó cerca de la ventana haciendo que está reventara en miles de cristales que volaron en todas las direcciones mientras el sonido estrepitoso de un trueno ensordecía el lugar.

–¡NOOOOOOOO!– gritó mientras se levantaba de la cama, su respiración era errática con su frente llena de sudor al mirar a su alrededor se dio

cuenta de que todo había sido un sueño. Miro su mano y la sangre ya no estaba, pero aún la sentía, eran las 4 de la mañana. Se levantó, tomó una camiseta y unos jeans que había usado el día anterior, todo seguía a oscuras, a él le gustaba que fuera así; encendió una pequeña lámpara de mesa cuya pobre luz iluminaba un poco la mesa donde reposaba junto a un puñado de globos desinflados. Tomó las llaves encima de la mesa y un par de papeles que estaban junto, antes de salir justo al cruzar la puerta, se detuvo en silencio agachando la mirada con una expresión de tristeza.

-Te extraño- dijo en voz baja marchándose de aquel lugar.

Capítulo 11

Capítulo Tres

Los días pasaron de uno en uno hasta convertirse en semanas, Sara fue dada de alta después de pasar los exámenes médicos, favorablemente su recuperación era lenta sin ninguna novedad menos aún de algún efecto secundario, era algo asombroso a los ojos de los expertos que estudiaron su caso.

–Debe regresar una vez por semana– había mencionado el doctor Daniel cuya mirada siempre ocultaba algo más detrás de las intenciones de los exámenes médicos, Sara tenía la intuición de que algo en los exámenes que revisaba no fuesen suficientes o que algo faltase en ellos, siempre tenía una mirada sombría como si desentrañara un misterio por resolver.

–¿Un fantasma?– dijo Raquel sin poder creer la historia que Sara le acaba de contar, provocando que volviera del mar de sus pensamientos en los que Sara caía con frecuencia últimamente, le relato cada detalle hasta la última vez que vio a aquel muchacho jugando con Danna a las escondidas.

Sara le contaba nuevos detalles de las cosas que sucedieron desde el accidente, hasta el encuentro de aquel chico misterioso, miraba a veces su brazo enyesado, habían regresado a clases con ayuda de un justificativo médico, el cual también le otorgaba un pase para poder salir de clases ya sea por algún malestar o una urgencia médica y aunque iba atrasada en todas las materias y deberes, siempre se tomaba el tiempo del receso para hablar con Raquel.

–Lo más extraño fue que después de ese día todo fue calma, no volví a verlo y tampoco tuve esos sueños extraños, ni recuerdo haber vuelto a sentir aquel impulso que me llamaba, era como si nada hubiera sucedido– concluyó Sara.

Raquel la miro extrañada a veces dudaba en creer lo que le relataba, tomándolo como un desvarío causado por la anestesia, las pastillas o la idea de que todo era una ilusión a causa de las contusiones del accidente, sea como sea, sus palabras transmitían una seguridad férrea e indudable.

–Sé que no me crees, nadie lo haría– dijo Sara mirando la duda en rostro de Raquel –lo que te acabo de contar suena a algo salido de la fantasía de algún loco, nada concuerdo, pero todo lo que te he dicho es la verdad–

–Te creo y eso es lo que no puedo creerlo– respondió Raquel aceptando la

posibilidad.

Varios chicos pasaron a su lado cargando libros de varios tamaños y grosores, el Instituto se llenaba de jóvenes que corrían alcanzando por segundos sus respectivos salones.

Raquel miró al cielo tratando de procesar toda la información.

–Disculpen– dijo una voz gruesa apareciendo por detrás de ellas.

Ambas giraron encontrando a un hombre alto con un abrigo negro y largo, una camisa con su respectiva corbata algo desaliñada de color negro y pantalones casuales.

–Discúlpenme, estoy buscando a la señorita Sara– dijo sacando de uno de sus bolsillos de su abrigo una identificación.

Raquel señaló con el dedo en dirección a Sara, ella le devolvió una mirada de asombro por la traición.

–Soy el detective Iván y quisiera hablar usted a solas si es posible– se dirigió a Sara, luego a Raquel.

–No te preocupes, estaré cerca si me necesitas– sonrió Raquel acomodando sus cosas junto a Sara para después alejarse tan pronto como pudo.

Sara negó con la cabeza mientras veía a Raquel alejarse unos metros hasta tomar asiento en una banca enfrente de ella. El detective esperó en silencio hasta notar una prudente distancia.

–¿En qué le puedo ayudar?– dijo Sara confundida mientras miraba los detalles grabados en la identificación de aquel hombre.

–Necesito que me cuente todo lo sucedido el día de su accidente– dijo el detective rebuscando algo entre los bolsillos de su abrigo, al poco tiempo saco una libre desgastada por el uso, con varias hojas salidas de su lugar y manchas especialmente cafés.

–No recuerdo mucho de lo que sucedió y lo poco que recuerdo son como borrones sin sentido ¿Acaso sucede algo?– preguntó Sara al sentir que el detective buscaba algo en específico y no solo escuchar una historia sobre un accidente de los muchos que habría tenido que investigar, algo no andaba bien le dijo su presentimiento.

–Nada en especial, solo necesito confirmar algunas cosas referentes al accidente que tuvo– El detective pasaba su mirada de la libre a Sara y

viceversa, como si tratara de unir cabos.

–Se lo he dicho todo a la policía– aquello era casi cierto, era verdad que los momentos del accidente eran un borrón en su memoria y en el parte médico, así como policial, las causas del accidente variaron desde un desprendimiento de roca de los acantilados cerca de la carretera, árboles caídos, hasta animales salvajes que pudieron saltar en frente de la camioneta mientras trataban de cruzar, todas esas teorías fueron negadas una a una, poco tiempo después. Raquel realizó su propia investigación y en el accidente no hubo rocas desprendidas, árbol alguno ni señales de animales muertos cerca del accidente, por eso le costaba un poco creerle en la parte del ser alado y de que una persona arrancara la puerta como si de papel se tratase –Acaso ¿Usted también piensa que me lo estoy inventando?–

Sara tenía suficiente con los cuchicheos de las enfermeras, no entendía por qué odiaban a su madre de una manera hipócrita y de paso a ella por ser su hija, supuso una rivalidad que su madre jamás había mencionado, pero lo que más le molestaba era escuchar que la causa de su accidente fuese porque ella estuviera ebria o con algo encima, que por ello no tenía percepción de la velocidad en la que iba y por ende lo de su accidente.

–No es nada de eso, solo son preguntas de rutina– se excusó el investigador mientras anotaba algunas palabras.

Sara le contó los detalles más relevantes dejando de lado a la persona que la salvó, no quería que ahora alguien que investigaba “nada” supuestamente la tachara de loca –Eso es todo lo que recuerdo– concluyó.

–¿Conoce usted al señor Roberto?– añadió el detective sacando una fotografía de entre las hojas de la libreta.

Sara sintió un escalofrío que recorría su cuerpo, jamás volvería a su trabajo en la cafetería, juro que nunca más pasaría por algo así, quería dejar ese amargo sabor de boca en el pasado y continuar.

–Sí, es mi ex jefe– su voz temblaba del miedo al recordar aquel momento en la bodega.

–El señor Roberto está desaparecido y usted fue la última persona que lo vio por última vez, además de otra empleada de la cafetería donde trabajaba– dijo tajante y directo –ella me contó lo que había sucedido en la bodega y de cómo usted reaccionó...–

Sara tuvo un flash de memorias de aquel hombretón y sus manos en su cuerpo, seguido de una corriente que le punzaba el cuerpo, en especial el

brazo derecho.

–¿Qué tendría que ver yo con su desaparición? Es verdad que ambas estuvimos ahí ese día, pero yo hui de ese lugar tan pronto como pude y después tuve el accidente– dijo tratando de llegar al punto de la conversación –es imposible que yo supiera que paso con él después de eso–

–El problema es que usted es la última persona que la vio con vida, la empleada me dijo que él se había ido detrás de usted poco después, aparte tenemos pruebas que nos conducen a que usted podría estar detrás de su desaparición– la voz del investigador era neutra y directa, le faltaba un tono más para culpar a Sara de la desaparición.

–¿Qué tipo de pruebas?– Sara se sentía acorralada como si aquel hombre le apuntará con un arma para que dijese lo necesario.

–Se hicieron varios análisis forenses a su auto para saber los motivos que causaron el accidente, por desgracia quedo totalmente destruido e incinerado, pudimos recuperar algunas partes regadas por el pavimento, lo curioso fue hallar sangre en varios fragmentos del capot y el parabrisas, al analizar la sangre se halló que era sangre humana una perteneciente al señor Roberto y otro que aún no se logró identificar–

Sara reaccionó a la defensiva –¿Está insinuando que yo lo mate?–

–No he dicho eso, pero las evidencias apuntan a que pudo hacerlo. ¿Usted sería capaz de explicar el motivo de cómo llego la sangre al parabrisas?–

–No, pero...– se detuvo al pensar que posiblemente la persona que la salvó podría haber sido él, una idea que descarto casi al instante –yo no lo mate– enmarcó seriedad.

–No dije que usted lo haya hecho, las evidencias apuntan a otra dirección. Hemos realizado un barrido total por el lugar del accidente, hay cosas que no concuerdan como los árboles arrancados de raíz y la destrucción a su paso, tampoco hemos encontrado las causas de su accidente, además en todo el lugar no se encontró rastro de sangre o algún cuerpo– cerró su libreta insatisfecho –mientras se realiza la investigación se le pide de favor no abandonar la ciudad– dijo entregándole una tarjeta de presentación –Si llegase a recordar algo más del accidente le pido se comunique a este número–

El investigador se despidió de Sara y luego con un ademán de Raquel.

–¿Qué fue todo eso del accidente y tu jefe desaparecido?– preguntó

Raquel acercándose rápidamente.

–¿Cómo? ¿Cómo lograste escucharlo?– Sara dudó de que Raquel hubiera logrado escuchar la conversación completa, el investigador le daba la espalda a Raquel y procuraba que sus palabras solo llegaran a ella.

–Con algo de astucia, magia y tecnología– dijo sacando de su cartera el teléfono de Sara, el cual estaba realizando una llamada al teléfono de Raquel –esta ciudad se ha llenado de misterios, primero lo del asesino y los jóvenes degollados con esas extrañas marcas en todo el cuerpo, tu misterioso accidente, aquel muchacho del hospital y ahora la desaparición de tu jefe en el cual parecen te quieren culpar– Raquel recogió sus cosas mientras colgaba la llamada –¡Ah! Y el rumor de la desaparición del conserje del Instituto a manos de fantasmas– aquello sonaba tan natural en su voz, como si fuese un misterio típico del día a día.

–¿De qué rumor hablas?–

–Es verdad, no estuviste en el Instituto estas últimas semanas– Raquel sonrió juguetona ante el sarcasmo –corre el rumor de que algo camina por los pasillos en las noches y que eso fue lo que hizo desaparecer al conserje a quien supuestamente hallaron unos días después dentro del bosque destrozado como si algo se lo hubiera comido desde dentro, hasta los profesores hablan de ello y las extrañas sombras que recorren los pasillos por la tarde. Unas antiguas amigas y yo vamos a desvelar ese misterio, no me conformo con solo escuchar rumores, quiero verlo con mis propios ojos, por eso vendremos esta noche a desentrañar ese misterio ¿Vienes?– se dirigió a Sara con una sonrisa –serás de mucha ayuda tu intuición jamás falla–

–Ni lo pienses, no voy a hacer una locura como esa– negó Sara –si nos descubren a esas horas en el instituto nos expulsarán, me expulsarán– aclaró al recordar que Raquel no estudiaba ahí –aparte si lo encontraron destrozado es por algo–

–Vamos, por favor, será divertido y como dije, tu intuición sería muy útil si me dices que no deberíamos entrar, no entraremos. Vamos, por favor, exageraré con lo de haberlo encontrado destrozado, es lo que escuché– suplicó.

A Sara no le agradaba la idea, pero se confortó al saber que ella tendría la última palabra. Aparte en los días que estuvo en el hospital, tampoco había escuchado sobre alguien destrozado o en un estado muy demacrado, si fuera así lo habría escuchado en boca de las enfermeras, por lo que todo se reducía a un simple rumor por lo que la oferta era tentadora no podía decirle no a una aventura lo que le serviría también

para escapar de la rutina, y así se sumaron más pro que contras.

–Está bien, pero si no estoy de acuerdo, nos vamos enseguida. ¿Verdad?–

Raquel asintió de felicidad mientras sus ojos reflejaban la emoción de la aventura.

–Nos vemos en la entrada principal a las 8– dijo justo antes de que el timbre de fin de receso sonará.

Capítulo 12

I

El autobús traqueteaba con cada bache que se encontraba en su recorrido, se podía decir que el conductor no se tomaba la molestia de esquivarlos y más bien pasaba encima de ellos demostrando el fastidio que tenía hacia su trabajo desde hacía ya mucho tiempo.

Era tarde el autobús se llenó hasta la mitad de diversas personas de miradas cansadas y pérdidas en una rutina diaria.

–Vamos siéntate y estate quietito– le ordeno una madre a su hijo que se apoyaba sobre el respaldo de su asiento con la mirada y los brazos apuntando a todos los pasajeros detrás de ellos –es de mala educación señalar a la gente así– acentuó la madre al ver que su hijo miraba extrañamente a las personas mientras sus pequeñas manos y dedos dibujaban figuras en el aire.

El niño recorría la lanza de cabo a rabo, esta debía de medir cerca de dos metros rozando apenas el techo del autobús, la cuchilla estaba algo oxidada, pero bien conservada, al igual que el cuerpo cilíndrico de madera robusta, llena de extraños símbolos tallados en ella esta arma estaba sujetada por un muchacho sentado justo detrás de él. Aquel muchacho traía el cabello despeinado junto a un conjunto de una gabardina negra, una camiseta azul marino y unos jeans desgastados del mismo color.

Lo que más le asombraba al pequeño niño, que aparentaba no tener más de 10 años, era qué aquella arma se mantenía vertical a pesar de los varios frenazos repentinos y de que no se despegaba del suelo con los saltos en cada bache.

Sin darse cuenta dibujaba con la yema de su dedo índice cerca de la cabecera de su asiento, los extraños símbolos que veía en el asta de la lanza, repetía una de esas figuras copiándola con exactitud, acompañó su dibujo con algunas palabras en voz baja sin siquiera conocer el significado de lo que pronunciaba, su mirada se centró en el extraño símbolo que dibujaba estaba a punto de terminarlo al igual que la plegaria que conjuraba inocentemente, cuando el chico de la lanza detuvo su mano justo antes de terminar.

–Con eso no se juega– dijo trazando con su dedo índice una línea en medio de la runa que el niño había dibujado.

Poco después se levantó de su asiento dirigiéndose a la puerta de salida, presiono el botón de parada y cuando estas se abrieron salió del autobús

con la lanza en mano.

El pequeño niño seguía los pasos de aquel muchacho que bajaba del autobús con la lanza que se inclinaba por primera vez, apenas reaccionaba como si acabara de despertar de un profundo trance, bajo la mirada viendo varios trazos, dándose cuenta de que estaban grabados en el asiento como si algo hubiera quemado el plástico mientras los dibujaba, la extraña figura tenía líneas que serpenteaban y trazos de varios grosores, en conjunto toda la figura estaba dividida por la mitad por una gran línea.

Capítulo 13

II

El frío abrazaba las partes de la piel desnuda de Sebastian quien se abrigaba frotando sus manos y en medio de ellas la lanza que cargaba desde que salió de casa. La lanza media dos metros como mucho, su forma hermosa y delicada le otorgaba un aire elegante, pero el óxido en la hoja, la madera desgastada por el paso del tiempo y ciertos detalles le otorgaban una visión muy antigua.

Sebastian camino al edificio central del Instituto mientras realizaba varias maniobras con la lanza entre sus manos, lo hacía con elegancia y agilidad como si el arma fuera una extensión de su cuerpo.

Había recibido escasa información acerca de su misión, lo poco que alcanzó a escuchar era que debía encontrar a la entidad que había destrozado a un hombre que trabajaba en este lugar como conserje, lo cual supuso sería un susurrador, pero no estaría seguro hasta no confirmarlo, siempre lo eran, aunque últimamente habían aparecido más por esta ciudad. Las misiones eran casi siempre así, matar susurradores, aquí, allá.

La idea de lidiar contra esos espectros a estas horas no era nada agradable en especial por qué su esencia era la oscuridad misma, pero no había de otra en la mañana y parte de la tarde el Instituto pasaba lleno de alumnos y aunque pudiera escabullirse entre los salones en búsqueda de aquel demonio que había destrozado a una persona brutalmente no era algo que saliera exactamente bien, no como las anteriores veces, por lo que aprovechar la noche sería la única opción, recorrió el perímetro en búsqueda de alguna señal que le pudiera decir la clase de monstruo al que se enfrentaba sin hallar algo en particular.

Al final se detuvo a escasos metros de la puerta principal –Hoy estás hermosa, lo sabes– dijo mirando a la luna –Dime, ella, ¿Está bien? Tú tienes una excelente vista desde allá arriba– se detuvo por un instante –solo te pido de favor, que la cuides– soltó un suspiro –llévale mis palabras y dile que la amo y que la extraño– un tono de tristeza empezaba a nacer en su voz.

Llego a una puerta principal, por suerte los guardias permanecían ocupados en sus cosas, hoy era un día de fiesta para el Instituto, por lo que las clases habían terminado ya hace varias horas. Se encontró con las puertas totalmente cerradas, respiro hondo levanto su lanza e hizo varios giros en el aire, con un movimiento rápido apuntó con la cuchilla al

candado del que se sujetaba una gruesa cadena.

Apenas la toco cuando está se abrió sin resistencia alguna.

Sebastian miro intrigado –Algo aquí, anda mal– se dijo.

Pateo las puertas de metal que se abrieron de par en par para después correr a toda velocidad hacia los edificios principales, recorrió varios metros hasta encontrar el edificio central, varias luces estaban encendidas en su interior, pero no noto la presencia de alguien dentro de ella cuando se acercó a la puerta estaba abierta.

–¡Odio, cuando tengo razón!– Recorrió los pasillos moviéndose veloz sin detenerse por nada, tenía todo el edificio por recorrer y posiblemente poco tiempo antes de confirmar sus sospechas.

Al final no encontró nada extraño había entrado a cada una de las aulas, revisado cada rincón, cada centímetro sin hallar nada fuera del lugar, dudo de que su presentimiento estuviera equivocado el lugar quedo hecho un desastre a su paso las mesas y las sillas estaban volcados en todas las direcciones, los papeles regados y algunos lockers tirados por el pasillo, estaba cansado su cuerpo necesitaba descansar y dormir un año entero solo para sentirse algo bien, apoyo la lanza a la pared para recoger el desastre que había provocado en su búsqueda, se agachó a levantar unos papeles cuando la lanza se deslizó cayendo a un lado a su paso golpeo un extintor junto a él, la base de metal cedía al peso provocando que se doblara y soltara el extintor de su lugar.

El fuerte estruendo detuvo a Sebastian en su intento de limpiar, tomo los papeles que tenía en las manos, los acomodo golpeándolos contra el piso hasta que todos quedaron alineados, los puso sobre una mesa, tomo la lanza y camino por el pasillo. La intención de limpiar un poco había acabado, era mejor dejarlo así y no causar más desastres. Acepto que su incursión había causado más estragos de los que causaría un susurrador.

Pasaron los minutos hasta convertirse en horas, no había nada, ni nadie, ningún rastro del susurrador o de su paso por aquel lugar.

El último lugar por recorrer sería el gimnasio, estaba cansado, su respiración estaba agitada, el sudor bañaba su camiseta, aún no había sanado por completo y había usado todas sus energías en una búsqueda infructuosa, al llegar al gimnasio decidió tomar una ducha necesitaba relajarse, su cuerpo le pedía a gritos por un poco de descanso.

Llegado a la piscina del instituto, tomaría un baño en las duchas y luego se marcharía de aquel lugar.

Entro a la piscina cruzando las puertas de un corredor que se dividía en dos pasillos con forma de T, la piscina era olímpica, este era el último lugar que había dejado al final para revisar, al otro extremo de la piscina estaban las duchas, los vestidores, la bodega y el cuarto de máquinas.

Recorrió un lado de la piscina, estaba llena y cubierta por un cobertor transparente, la idea de nadar en ella era tentadora.

Al entrar a la bodega encontró que el conserje lo había convertido en una pequeña habitación llena de estantes con herramientas y productos de limpieza, junto a unos cartones a modo de muebles y varios trastos, Sebastian reviso los cajones y los muebles, incluso debajo de ellos, uno de los estantes estaba empotrado a la pared, contenía algunas cajas abiertas y varias cosas simples, había algo extraño en ello notó Sebastian, retiro las cajas una tras otra al igual que varias herramientas menores, una de las cajas que movía tenía varios cables que salían por un costado, al abrirla encontró una video grabadora que seguía corriendo a pesar de que la cinta se había roto hace mucho, junto a la caja había varias cintas VHS.

Tomó una de las cintas, la introdujo en la videocasetera encima de una pequeña televisión al frente de una improvisada cama hecha de cartones, baldes y demás, cubiertas por unas cobijas desgastadas.

La encendió y reprodujo su contenido, la pantalla se dividió en 4 pantallas secundarias, eran grabaciones de las duchas y los vestidores, la primera pantalla se ubicaba al frente de la hilera de duchas, la segunda imagen apuntaba a la parte superior de las mismas, la tercera se ubicaba en los vestidores y la cuarta al parecer estaba dentro de una de las duchas personales. Saco la cinta introduciendo otra en su lugar, esta vez la imagen era completa, pero esta era la que estaba dentro de la ducha, se podía escuchar el correr del agua junto al vapor que estas provocaban, al poco tiempo se pudo escuchar los murmullos y las risas de varias chicas que conversaban sobre el entrenamiento, una chica entro a la ducha donde la cámara apuntaba a su cuerpo, estaba a punto de quitarse la toalla que la cubría. Sebastian detuvo la reproducción en ese momento sacando la cinta de la videocasetera.

–Lo siento amigo– dijo sosteniendo el VHS en su mano –tú sellaste, tu propio destino–

Salió de la habitación sin antes desconectar la grabadora, destruyéndola contra el piso, mientras que a las cintas VHS las destruyo en un bote llenándola de cloro hasta cubrirlas por completo. Siguió su camino, recorrió un pequeño pasillo estrecho que daba al cuarto de máquinas, después de registrar el lugar encendió las máquinas de la piscina decidido

a nadar en ella.

–Necesito un baño– dijo exhausto.

La piscina no tardaría en ambientarse. No había quien cuidará de ella, así que le echarían la culpa al equipo de natación por dejar las máquinas encendidas, pensó Sebastian.

Antes tomaría una ducha para quitarse el polvo y el sudor de encima, las duchas se llenaron de vapor mientras él se quitaba la ropa, un espejo de cuerpo completo empotrado a la pared estaba en frente, se acercó limpio el vapor con su mano reflejando su cuerpo hasta la cintura, estaba lleno de cicatrices y marcas de todos los tamaños y formas junto a heridas que aún sanaban, pero había una cicatriz en especial, una muy notoria que estaba en su pecho a la altura del corazón.

Sebastian la miró, se perdió en sus pensamientos. Paso con sus dedos la silueta de la cicatriz le dolía recordar la causa, el motivo y la razón.

Un grito lo trajo de nuevo a la realidad, era el de una mujer que sonaba al otro lado de la piscina por el pasillo, apenas la pudo escuchar por el agua que corría de la ducha y el ruido de las máquinas. Se vistió lo más rápido que pudo, colocándose con dificultad la camiseta y el jean; la gabardina y las zapatillas quedaron a un lado.

Trato de ser rápido sin resbalar en su andar, a veces clavaba la lanza para ganar impulso mientras llegaba al otro lado de la piscina, escucho un gruñido que provenía de los pasillos –¡No! ¡MALDICIÓN!– dijo preocupado.

No podía perder más tiempo, dio un salto a unos metros de la esquina de la piscina, clavo la lanza en el fondo y se impulsó con todas sus fuerzas. Sus piernas estaban por delante apuntando a las puertas, cuando choco con ellas estas salieron desencajadas de su marco. Las puertas golpearon con una fuerza brutal a aquello que estaba a su paso, la luz del pasillo parpadeaba mientras que debajo de la puerta se revolvía una espesa bruma, algo “vivo” trataba de quitárselo de encima.

El golpe había sido fuerte, pero no mortal, mientras se levantaba logro ver la silueta de dos sombras enormes con la forma de lobos persiguiendo a varias chicas por el pasillo, alejándose a toda velocidad.

Sebastian iba a seguir las, pero la bestia que había aplastado con la puerta se levantó, destruyéndola como si fuese de papel, atravesándola con sus largas garras como dagas y su enorme cuerpo delgado cubierto por una bruma que se arremolinaba acompañado de una peste que no se

despegaba, aquella bruma se agitaba como el fuego.

Sus ojos azules manchados de tintes violetas lo miraban mientras mostraba los colmillos como puñales.

Un gruñido acompañó un salto veloz con una de sus garras apuntando hacia su cuerpo con la intención de despedazarlo, Sebastian puso el asta de la lanza enfrente la cual recibió un fuerte impacto provocando que él saliera impulsado hacia atrás, voló unos segundos sobre la piscina hasta caer dentro de ella, mientras la bestia se lanzó encima de él.

Sintió el peso sobre su cuerpo, el agua le daba una movilidad limitada y más si no alcanzaba a tomar una bocanada de aire lo más pronto posible. La bestia tenía el mismo problema, sus movimientos eran torpes, trataba de clavar sus garras en el cuerpo de Sebastian sin éxito alguno.

Sebastian clavo el regatón de la lanza al piso de la piscina, con dificultad se impulsó hasta sacar la cabeza a la superficie para tomar una bocanada de aire, cuando sintió en la pierna una fuerte punzada por donde la bestia perforaba su carne con sus garras hasta atraparlo jalándolo al fondo de la piscina.

Todo se llenó de burbujas en el forcejeo por soltarse.

Sebastian se aferraba a su lanza qué no se soltaba del piso, tiro varias veces de ella sin poder sacarla, se estaba quedando sin fuerzas y sin oxígeno. La bestia se abalanzó arañando y marcando de heridas su cuerpo, el agua se tornaba roja con los hilos de sangre que emanaba de su cuerpo, estaba en serios problemas. Trato de luchar y zafarse, pero la bestia no se lo permitiría.

Vio una de sus garras, acercarse en dirección de un arañazo a su izquierda, se puso enfrente de la lanza, aprovecharía el impacto para soltarla justo antes de del golpe, se hizo a un lado, el golpe le dio de lleno soltando el regatón del piso, era todo un éxito con un alto precio, las garras lo habían alcanzado a él arañando su pecho, el poco aire que tenía se había escapado en un grito, la lanza se le soltó de las manos cayendo al fondo de la piscina.

Nado para recogerla, sentía la merma en sus pulmones, el ardor de su cuerpo rogando por oxígeno.

La bestia con forma de lobo estaba encima de él, aunque sus movimientos eran torpes, se las arregló para impulsarse hacia él.

Sebastian se impulsó con su último esfuerzo, sujetando la lanza lo más fuerte que pudo, girándola con la cuchilla apuntando en dirección al lobo, en un esfuerzo casi sobrehumano la clavó de lleno en el torso, el lobo

forcejeaba tratando de sacarse la lanza del pecho, lanzaba sus garras hacia los brazos de Sebastian que empujaban con fuerza atravesando a la bestia de un lado a otro.

La bestia dejó de moverse mientras su cuerpo empezaba a diluirse en el agua, se mezclaba hasta desaparecer.

Sebastian empujó su cuerpo a salir a flote, pero fue imposible a medio camino, perdía el conocimiento, su cuerpo estaba estático dentro de la piscina mientras se hundía lentamente.

El sonido de alguien sumergiéndose recorrió el agua, luego sintió un fuerte impulso que lo arrastraba a la superficie, su cuerpo se elevó hasta salir completamente de la piscina, lo recostaron en la orilla, sintió presión en su pecho, un golpe tras otro mientras su consciencia permanecía en la realidad y un sueño profundo.

Trato de enfocar su vista, estaba medio muerto cuando sintió un impulso repentino de toser, el agua salió de sus pulmones a borbotones, dio varias bocanadas de aire hasta que sintió sus pulmones llenarse de aire.

–¡Vete! ¡Debes salvarlas!– grito casi sin aliento –dos susurradores las persiguen– empujo a quien lo había salvado.

Géminis trató de levantarlo –¿Qué sucedió?– dijo mirando la sangre que tinturaba el agua de la piscina.

–Eso no importa– jadeo –Ve a salvarlas– empujo varias veces a Géminis.

–¿Cuántas personas son?– su voz no expresaba emoción alguna, era fría y directa.

–No lo sé– tosió mientras expulsaba la poca agua que le quedaba en los pulmones –se equivocaron al darnos las órdenes– respiro hondo con algo de dificultad.

Géminis se acercó a la piscina metiendo la mano en el agua, extrayendo la lanza que se apoyaba a la orilla con el filo de la cuchilla clavada en la cerámica.

–¿Le pertenecen a ella?– su mirada era profunda, acompañada de un enojo al ver la cuchilla manchada de la sangre del susurrador.

–¡NO SÉ!– enfureció Sebastian –¡Olvídate de ella! ¡Ve y sálvalas!–

Géminis clavo el regatón de la lanza al piso dejándola verticalmente para apoyar a Sebastian en ella, después se alejó corriendo hasta cruzar la

puerta y desaparecer en la oscuridad.

-Lo que me faltaba- se quejó Sebastian tirando de su lanza, esta no se soltaba.

Capítulo 14

III

–¿Podrías quitarme tu trasero de la cara o por lo menos pasar de una vez?!– exclamó Sofía esperando a que Mary cruzará por el agujero en la malla, algo que se le hacía muy difícil, se había atorado con algunas púas que le sujetaban la ropa.

Eran cerca de las 10 de la noche se habían escabullido a través de una de las cercas que rodeaban el Instituto, todas se habían retrasado por algún motivo minúsculo, y el plan de investigar los fenómenos paranormales, así como la desaparición del conserje se hubieran cancelado si no fuera por la insistencia de Raquel que las había esperado por horas en compañía de Sara.

Sara y Raquel habían pasado primero, miraban el acto gracioso de Mary forcejeando por cruzar mientras Sofía y Génesis esperaban al otro lado de la malla.

–Sssssshhhhhh, hagan silencio– Raquel trato de jalarla de la camisa, la oscuridad hacía imposible saber en qué parte de su ropa estaba enganchado, así que la única alternativa era tirar de ella con la esperanza de que se suelte.

–Ni modo amiga, en una emergencia tú serías la damisela en peligro, aquella que se sacrifica por el equipo– bromeó Génesis.

–No estoy segura de esto– dijo Sara mirando a los alrededores jalando la manga de Raquel.

–Dime, ¿Sientes algún peligro?– giro Raquel soltando a Mary.

Raquel confiaba en la intuición de Sara, jamás fallaba, ella le decía que era un don y que debía aprovecharlo, hasta ahora nunca se había equivocado en el millar de veces donde se habían salvado de castigos y regaños gracias a su intuición.

–No, pero...– dijo algo dudosa –pero esto ilegal y ¿Si nos ven los guardias?
–

–No lo harán– afirmo Raquel con seguridad.

–¿Cómo puedes estar tan segura?–

–Por qué acabo de llamar al guardia que vigila esta área, fingí un pequeño accidente con su esposa y salió de inmediato al hospital, así que le tomará

un buen rato descubrir la verdad y regresar-

Sara se percató qué esto ya había sido planeado con anterioridad para que todo marchará de alguna manera, Raquel era astuta para este tipo de cosas, asombrándola cada vez más con su ingenio y decisión.

-¡Por fin!- dijo Mary levantándose mientras sacudía la tierra de su ropa, en especial la de sus rodillas.

Al poco rato todas las chicas cruzaron la malla, los pocos reflectores colgados en lo alto de los edificios alumbraban ciertas zonas del Instituto, no eran muy amplias las zonas que iluminaban, pero si lo suficiente como para poder guiarse. Al llegar al edificio central, Raquel saco unas pequeñas herramientas de una riñonera que llevaba amarrada a la pierna de donde también había sacado las pinzas para cortar la malla, se acercó a la cerradura y un par de segundos después esta se abrió.

-Vamos- dijo susurrando contenta por su acto.

Sara se impresionó, las tácticas de Raquel habían mejorado desde la última vez, se podría decir que ahora era mucho mejor que antes. Varias memorias y recuerdos cruzaron su cabeza, hasta que se detuvo en seco al cruzar la entrada.

-¿Pasa algo?- dijo Raquel notando que Sara se había detenido abruptamente, mientras su rostro reflejaba algo que no supo reconocer, posiblemente miedo.

Sara no sabía cómo explicarlo, algo no estaba bien, varias emociones recorrieron su cabeza y su corazón: irá, odio, lujuria y muchas más se volvían un remolino en su cuerpo.

-Algo no anda bien- las manos de Sara temblaban levemente -debemos irnos de aquí- dijo mientras su mirada parecía perdida tratando de entender lo que sentía.

-¿Irnos?- reclamo Génesis -Para nada, hace un rato, dijiste que no pasaba nada, yo te escuche y ahora nos dices que debemos irnos-

Raquel miró a Sara y después a Génesis, la decisión de abandonarlo ahora recaía en sus hombros, las intuiciones de Sara jamás fallaban en especial con las personas, pero también era verdad que habían llegado ya muy lejos como para dejarlo.

-Contrólate, tal vez...- dudó Raquel -tal vez sean los nervios por lo que estamos a punto de hacer- trato Raquel de calmar a Sara -además solo será un rato, el guardia ya debe estar por venir y debemos apurarnos-

sonrió con seguridad.

Sofía y Mary miraban la conversación, sus ánimos de quedarse o irse dependían de la decisión que tomaran.

–Lo intentaré– respondió insegura Sara, suspirando un poco en un intento de expulsar aquellas emociones repentinas.

Recorrieron varias partes del edificio desde las oficinas, la administración, hasta las aulas, al llegar a la rectoría y enfermería se aseguraron de que no hubiera nadie adentro escabulléndose con cuidado habían encontrado varias oficinas con las luces encendidas, pero sin nadie dentro de ellas a lo que supusieron era un olvido por parte de los adultos hoy fue un día de fiesta así que todos se fueron a casa temprano y sin un conserje sería natural que no se preocuparan por ello, Raquel y las demás chicas revisaron varios papeles dentro de carpetas que había sacado de los archivadores como si supiera en donde y que buscar, Sara no entendía por qué lo hacían si se supone que solo vendrían a desenmascarar unos rumores. Raquel tomó varias fotos a unos cuantos papeles dentro de carpetas que había encontrado en la enfermería y la administración, mientras a Sara se le había pedido vigilar por las ventanas que daban al patio exterior en caso de que algún guardia se acercara.

–Bueno, aquí no hay nada– dijo Raquel algo decepcionada.

Las otras tres chicas miraban una carpeta alumbrándola de arriba abajo, había un nombre en la pestaña, por lo rápido que pasaban la linterna no pudo alcanzar a leerlo. Algunas susurraron mientras las demás se reían.

–A que es guapísimo– dijo una de ellas, mientras las demás afirmaban.

–Tendremos que buscar algo en sus artículos personales– dijo Raquel con un brillo en los ojos de que no se iría hasta tener algo por pequeño que fuera –según me dijeron el conserje tenía un cuarto propio por el edificio de alado, no recuerdo si por las aulas o la piscina–

Sara aún no se quitaba el extraño remolino de emociones, quería mentirle a Raquel y decirle que varios guardias notaron las luces encendidas y que por ello estaban viniendo hacia ellas, pero no lo hizo, la emoción y la adrenalina de la aventura la hicieron continuar.

Caminaron por los pasillos con las linternas danzando de un lado para el otro, Mary y Sofía permanecían una a lado de la otra con sus manos fuertemente entrelazadas, mientras Génesis caminaba despacio a modo automático con su atención centrada en el celular, el no haber encontrado nada la había desalentado y prefirió distraerse; guiando estaba Raquel y a su lado Sara que se acurrucaba en sí misma por alguna

extraña razón sentía más frío que las demás.

Cruzaron varios pasillos desolados y vacíos hasta llegar al edificio conformado de aulas y la piscina, al llegar todo era un caos, varias aulas con las puertas abiertas de par en par, asientos y mesas volteados abruptamente, papeles regados por todo el piso era como si un pequeño huracán hubiese arrasado el lugar desde dentro, todo aquello le dio un mal presentimiento a Raquel.

–Creo que deberíamos irnos– sugirió Raquel volviéndose al grupo.

Sofía y Mary asintieron juntas –De eso nada– interrumpió Génesis algo furiosa –Vinimos aquí porque me prometiste que buscaríamos aquello que...– su voz titubeaba –bueno, tú sabes lo que yo estoy buscando, te acompañe en tu locura de buscar los papeles esos, ahora ayúdame a encontrar si es verdad, lo lo dé...– sus palabras entorpecían evitando la verdad

Raquel sabía exactamente lo que buscaba Génesis, los rumores del conserje no solo se limitaban en su desaparición y supuesta muerte, sino que por el rumor de varias chicas que formaban el club de natación, del cual Génesis era una de ellas, decían que habían encontrado perforaciones varias en las paredes de los vestuarios y las duchas, cuando una de ellas lo reportaba, el conserje se excusaba en la intención de reparar la tubería o de arreglos a causa de la humedad, no hubo pruebas suficientes por lo que solo se quedaron en rumores.

–La bodega que usa como cuarto está al otro extremo de la piscina, atrás de las duchas junto al cuarto de máquinas– trato de sonar segura ocultando la verdadera intención –además este caos lo han hecho mucho antes, desde que llegamos no escuchamos nada ningún ruido, por lo que quien haya hecho esto ya debió de haberse ido– se excusó.

Raquel cedió –Chicas, solo estaremos un rato más y nos iremos enseguida– aseguro forzando una sonrisa, Sara no se veía muy convencida y Sofía y Mary aceptaron dudosas.

–Qué extraño– añadió Mary –¿Huele a cloro?– respiro profundamente.

–Y las máquinas están funcionando– acompañó Sofía, que miraba a todas partes escuchando el leve sonido de los hidrantes y los purificadores los reconocía perfectamente, ella también formaba parte del equipo de natación, así que estaba segura de lo que escuchaba.

–Deberían estar apagadas, se supone que no hay nadie quien las cuide– tercio, Sara.

Raquel endureció la expresión algo no pintaba bien, si no había un conserje, qué maneje las máquinas `¿Por qué estaban funcionando?`.

–Lo siento Génesis– dijo Raquel con suavidad –el desastre en las aulas y que las máquinas estén funcionando indican que alguien sigue aquí–

Génesis la miro con enojo, no quería dejar las cosas a medias, sus dudas tenían que ser resueltas ahora.

–Algo no anda bien, pero prometo que buscaremos respuestas a tus preguntas mañana en la mañana, además el guardia debería ya de haber regresado y él está encargado de estos edificios– añadió todos los inconvenientes que podía.

Génesis tenía una mirada severa, quería respuestas, quería calmar las ideas, pero al ver el rostro de sus amigas y darse cuenta de lo que estaba pasando se resignó, tomó su celular en sus manos y camino sin ánimo detrás del grupo.

El camino más corto para salir del edificio era el pasillo que cruzaba cerca de la piscina por uno de los corredores en forma de T, tomarlo implicaría una salida pronta evitando posiblemente al guardia, pero también implicaba encontrarse con quien haya entrado antes que ellas, por lo que Raquel se colocó atrás del grupo empujando con ánimo al resto aprovechando que Génesis estaba distraída en su celular.

El pasillo era extenso, estaban a unos metros de la entrada a la piscina, el lugar era todo un caos como las aulas que habían dejado detrás de ellas, las luces fluorescentes emitían un zumbido constante como si fuesen a estallar en cualquier momento. Por andar absorta en su teléfono, Génesis no se percató de una pila de basura que la hizo tropezar provocando que su celular se le cayera de las manos, Raquel no se detuvo, empujo al resto del grupo para que no se quedaran justo enfrente de las puertas que daban a la piscina.

Génesis se agachó en búsqueda de su celular, había caído entre una pila de papeles y lockers, al poco rato vislumbro una esquina luminosa de la pantalla, pero justo cuando iba a tomarlo escucho un gruñido que provenía del pasillo por el que acaban de llegar, las luces lejanas se apagaron de golpe y una oscuridad engullo el pasillo completo delante de ella.

–Vámonos despistada– dijo Raquel que se acercaba al notar que demoraba en seguirlas.

Génesis no se movió, estaba paralizada del miedo, el gruñido tomó fuerza acercándose poco a poco a ella, aunque no podía ver que era aquello,

sabía que algo dentro de la oscuridad le acechaba.

Estaban justo en la intersección de los tres pasillos, la luz por donde acababan de llegar parpadeaba, algunas lámparas estaban apagadas mientras otras iluminaban muy pobremente mostrando alguna figura visible, un gruñido profundo llamo la atención de todas que se acercaron a ayudar. Las luces de los corredores se apagaron por unos segundos, cuando regreso, el peor terror de Génesis se materializaba.

Un lobo de aspecto poco natural se encontraba en medio del corredor en frente de ellas a unos metros, tenía el cuerpo muy grande, sus patas eran delgadas con garras largas a modo de dagas que se clavaban en el piso, su pelaje negro tenía la consistencia del humo era espeso como una bruma que lo rodeaba y danzaba como el fuego. Lo más asombroso eran sus ojos, estos brillaban con un tono azul oscuro salpicado de gotas blancas rodeadas de un tinte violeta que se mezclaba y fluía, eran hermosos hasta que veías sus largos colmillos relamidos por una lengua negra que goteaba una baba como el petróleo.

–Retrocedan a la salida muy despacio– dijo Raquel con la boca seca, a punto de tragarse las palabras, el miedo pendía de un hilo.

Raquel retrocedió lentamente hasta llegar donde Sara, Mary y Sofía no se movían por nada, al igual que Génesis, que empezaba a temblar del miedo. Cuando Mary dio un paso atrás jalando consigo a Sofía, detrás del primer lobo saliendo de aquella oscuridad aparecieron dos lobos un poco más pequeños, pero igual de mortales que el primero, el gruñido de las bestias advertía qué veían sus movimientos y sentían sus intenciones.

El celular de Génesis sonó repentinamente, Sara respingo mientras Raquel le apretaba con fuerza su brazo, sabía que trataba de mantener la calma a pesar del miedo infundido por esas bestias.

La primera bestia que había aparecido empezó a caminar hacia ellas, gruñía cada vez más fuerte y profundo, Génesis se levantó lentamente, sentía el cuerpo entumido mientras la bestia la seguía con la mirada marcándola como su próxima presa.

El resto de los lobos empezaron a seguir al primero, cada lobo miraba a una chica diferente como si escogieran a su próxima víctima, sus ojos parecían escudriñar el interior de sus almas, uno de los lobos paso junto a locker que cedió a su paso cayendo de lleno lo que provocó un fuerte golpe. Sofía gritó al instante, Génesis reaccionó tropezando en su intento por levantarse para después salir corriendo por el pasillo enfrente de las puertas de la piscina, el lobo que la había marcado la siguió de cerca, el resto de las chicas no tuvieron ese impulso de escapar los lobos las seguían con la mirada gruñían más fuerte infundiendo terror, esto era una

cacería y ellas eran la presa.

Las luces empezaron a titilar como en una película de terror, se hacía confuso orientarse, Génesis se perdió de la vista de las demás, Mary levantaba a Sofía que se había derrumbado después de gritar, los gruñidos se podían escuchar de todas direcciones a pesar de que los tuvieran al frente.

Todas retrocedieron lentamente sin quitar la mirada de las bestias, sus pasos eran suaves y torpes, el desastre de los pasillos hacía imposible no causar algún sonido.

El estruendo fue instantáneo, algo estallo en las puertas lanzándolas por el pasillo, una de las bestias había recibido el impacto quedando debajo de una de ellas, mientras el otro lo había esquivado por poco.

–¡POR AQUÍ!– reaccionó Mary jalando de un tirón a Sofía pasando de largo por Raquel y Sara que las siguieron casi al instante.

Corrieron por varios pasillos alejándose de aquella destrucción perseguidas por el lobo que había esquivado el estallido.

Varias cosas cayeron al piso provocando fuertes estruendos, los lockers golpeaban de lleno contra el piso, las sillas y las mesas volaban de un lado para otro, era como si la bestia lo hiciera a propósito jugando con sus mentes aterrorizadas, demostrando que no había lugar donde esconderse.

Un grito hizo eco a través de los pasillos, un grito que pertenecía a Génesis.

El grupo estaban a un par de metros de la salida, Mary y Sofía se habían adelantado por varios metros cruzando primero la salida atrás de ellas les seguía Raquel y Sara, el miedo inundó el cuerpo de Sara, sus piernas apenas respondían por la idea de quedar atrapada en las fauces de esas bestias, un poco más y estarían afuera, gritarían pidiendo ayuda a los guardias.

Faltaba poco cuando la pared a su izquierda estallo en una fuerte explosión, varios restos salieron volando en todas las direcciones, levantando polvo a su paso, ambas fueron lanzadas hasta chocar contra la pared opuesta a la explosión.

El mundo se volvió borroso, un sonido muy agudo y fuerte ensordeció a Sara que buscaba desesperadamente a Raquel, tanteaba el piso a su alrededor, era imposible ver con el polvo y la luz titilante de las fluorescentes, Raquel estaba tirada en el piso boca abajo sin moverse a unos metros de ella. Sara seguía sin poder aclarar sus sentidos, se acercó

a Raquel gateando, ella permanecía inmóvil cuando llegó a ella la giro con cuidado, respiraba con cadencia mientras de su frente un hilo rojo tomaba fuerza hasta gotear, por un lado, de sus mejillas.

Sara quitó varios pedazos de la pared de encima de Raquel, al igual que el polvo y piedras que se aferraban a su ropa. Trató de levantarla, pero la explosión la había aturdido más de lo que pensaba.

Alguien tosió cerca del hueco que había dejado la explosión.

–Si pudiera hacerme una chaqueta con ese pelaje tuyo, sería indestructible, sabes. No te mueres por nada– dijo un chico saliendo por el agujero.

Sara lo reconoció, reconocía esa voz que sonaba como un eco dentro de su cabeza.

El chico trató de disipar la nube de polvo de enfrente de su vista, se agachó para recoger una lanza tan alta como él.

Un montón de escombros empezaban a levantarse agitándose en un intento de soltar aquello que estaba atrapado debajo, varias piedras rodaron hasta que el hocico de una de las bestias salía a la vista, levanto su cuerpo apartando las piedras que tenía se enredaban en su pelaje brumoso.

Los veía a un par de metros, la explosión las había lanzado no muy lejos, la bestia movió su hocico olfateando algo en el aire.

Sara se levantó aturdida, quería levantar a Raquel que estaba detrás de ella y salir rápido por la salida que estaba a casi nada delante de ellas, cuando noto que la bestia la seguía con la mirada, aquellos ojos majestuosos de tonalidad azul tinturados de violeta acompañados de un millar de puntos blancos a modo de estrellas se clavaban en su ser. El lobo se lanzó hacia ella a toda velocidad, con un gruñido profundo y gutural casi en un parpadeo, recorría esos escasos metros hacia ella, detrás el chico había reaccionado casi al instante arrojando su lanza para detenerlo.

La bestia estiró sus patas, apuntando sus garras hacia el cuerpo de Sara. La lanza no llegaría a tiempo para detenerlo y si lo hiciera ella ya habría sido atravesada por las garras de aquella bestia, no podría esquivar el ataque, aunque quisiera, sentía como el tiempo se detenía mientras el lobo permanecía en el aire con un impulso casi brutal.

El espacio entre ambos se acortaba cada vez más, el inminente final de Sara había llegado.

Capítulo 15

IV

Géminis llegó al cruce de los tres pasillos, después de dejar a Sebastian apoyado sobre su lanza, tenía que actuar de inmediato, ya que el hedor de los susurradores era sofocante señal de algo muy malo, tres caminos se dividían frente a él: un corredor recto en frente de la piscina y dos pasillos a cada lado de la puerta en forma de T, acababa de llegar por uno de los pasillos estaba completamente oscuro con las luces de las fluorescentes parpadeando sumado a que todo a su paso había sido dispersado en todas direcciones llegó justo cuando un fuerte impacto hacía eco por los pasillos al poco tiempo encontró las puertas de la piscina desencajadas de su marco y dentro de la piscina se observaba una gran mancha negra que se disolvía junto a una mancha de rojo intenso.

Corrió en dirección de donde el hedor se volvía más intenso, si había más susurradores serían el menor de sus problemas, un susurrador recién alimentado tiene una fuerza y agilidad superior al resto, su debilidad era que cazaban a sus presas en solitario, eran codiciosos por naturaleza así que aquella ventaja le serviría, pero también podría estar equivocado y podía encontrarse con el grupo de susurradores volviéndole a él una presa más. Sea lo que sea, estaba preparado para destruirlos.

Siguió el rastro de destrucción junto a varias cicatrices en el piso, perforaciones provocadas por las garras de un susurrador, el pasillo apestaba al hedor de esas bestias. El grito de una chica proveniente del segundo, le ayudó a ubicarla rápidamente. Le tomó un par de segundos llegar hasta ellos, al llegar encontró a una de las chicas gateando en el piso intentando alejarse desesperadamente, sus movimientos eran torpes y descoordinados, al mismo tiempo detrás de ella un susurrador con la forma de un lobo de gran tamaño clavaba las garras en el piso cada crujido de la baldosa infundía terror en la chica que estaba al filo del colapso, sus movimientos eran cada vez más torpes mientras su mente sucumbía ante la desesperación.

–¡NO POR FAVOR!– suplicaba entre gritos y llantos –¡ALÉJATE! ¡VETE!
¡VETE!– lanzaba los brazos tratando de alejarlo.

Géminis estiro su brazo derecho por encima de su hombro izquierdo, así fuertemente la empuñadura de la espada que cargaba tras de él, una espada larga de color plateado, en la hoja había manchas de óxido acompañado de varias runas talladas por toda la superficie que terminaban en la punta, pero eso no quitaba la mortalidad de su filo, debía aprovechar que el susurrador estaba distraída en su presa para

encajar un certero y preciso ataque y así matarlo de un solo golpe.

Su brazo derecho aún no se había recuperado por completo, por lo que debía de tener cuidado en sus ataques.

La chica gritó desesperada al ver los colmillos de aquella bestia acercándose, expulsando todo el aire de sus pulmones mientras cubría su rostro con las manos hasta desmayarse, el lobo salto con la intención de clavar sus garras en el cuerpo y los colmillos en su cuello eso no la mataría de inmediato, en cambio, disfrutaría los minutos donde la vida de la chica se desvanecía lentamente. Géminis se lanzó en contra del susurrador casi al instante, ambos eran rápidos en sus ataques.

Cuando la bestia estaba en el aire, Géminis ya estaba a su lado empuñando la espada en dirección al torso del lobo dispuesto a cortarle en dos.

El lobo retrajo las patas colocando las garras en dirección al filo de la espada mientras esta la golpeaba de lleno, sin causarle daño alguno. El susurrador salió disparado con gran brutalidad varios metros hacia atrás, estrellándose contra una hilera de lockers. Aquel ser dejó la forma sólida de lobo mientras su cuerpo se transformaba en una masa etérea que conservaba ciertos rasgos del cuadrúpedo junto a los ojos azul violeta salpicados de manchas blancas a modo de estrellas, Géminis resguardo a la chica detrás de él protegiéndola de cualquier ataque.

Aquel ser gruñó, un sonido gutural, relamió sus colmillos y se alejó desapareciendo por los pasillos hasta volverse uno con la oscuridad.

Capítulo 16

V

Sebastián sacó con dificultad un par de gasas del bolsillo de su pantalón, el paquete que las envolvía estaba perforado, lo que provocó que terminaran totalmente mojadas, pero aún servirían lo suficiente para cubrir las múltiples heridas que le había provocado aquella bestia.

Partió en varios trozos la gasa, debía ser rápido, ya que la pérdida de sangre lo empezaba a marear, cuando tuvo una buena cantidad de pedazos de varios tamaños dibujo con su sangre algunas runas encima de la tela, debía ser preciso y delicado con cada trazo para que su propósito curativo sea completo aun cuando la sangre se difuminaba por el agua, las runas eran de trazos diferentes algunas grandes e intrincados, mientras otras eran formadas apenas por un par de líneas, las gasas con runas de trazos grandes y complejos iban en las heridas grandes y profundas, mientras que las heridas leves se cubrían con las gasas de trazos simples, después de cubrirlas todas apoyo la espalda fuertemente contra el asta de su lanza, agacho la cabeza mientras apoyaba sus brazos en el piso susurrando una plegaria. De las gasas empezaba a salir vapor acompañado del sonido del agua al evaporarse al contacto con el hierro al rojo vivo. Sebastián arrugó el rostro y cerro los puños fuertemente, el dolor era insoportable.

Poco después, con las heridas cauterizadas en su mayoría y otras levemente sanas, intento levantarse con dificultad, su amigo estaría luchando con varios lobos él solo, conocía lo testarudo que era y la manera en que manejaba las cosas, los susurradores lo atacaran en manada si es posible, su fuerte era pelear en grupos numerosos. Cuando se recuperó un poco limpio los restos de gasas de su piel, algunos se habían secado casi al instante, por lo que se despegaban con facilidad mientras otros se habían pegado a su piel, no había tiempo para retirarlos, reviso su cuerpo en búsqueda de alguna herida que se le haya pasado por alto al no encontrar ninguna tomo con ambas manos la lanza por el asta y la arranco de un tirón con todas sus fuerzas.

Salió de la piscina en busca de su amigo o de la chica, 'lo que gritara primero'.

Se encontró en la intersección de los tres pasillos con forma de T, el pasillo a su izquierda estaba en completa oscuridad interrumpida por algunas luces fluorescentes que titilaban negándose a morir, recordó el fuerte golpe contra las puertas y como terminaron desencajadas aplastando a uno de los susurradores junto a las sombras de varias chicas alejándose por el pasillo de la derecha por lo que decidió seguirlo a toda

velocidad.

Cruzo varios pasillos hasta dar con una hilera de salones con las mesas y los lockers lanzados por todas direcciones, la puerta de uno de los salones se abrió lentamente sin crear sonido alguno, Sebastián se acercó con cautela empuñando la lanza con la cuchilla en frente lista para atravesar todo aquello a su paso, acerco la cabeza al marco de la puerta para ver el interior del salón, dentro de ahí no había nada ni nadie, cuando estaba a punto de salir algo cayó de una de las mesas, no supo que era, pero debió de ser algo metálico por el sonido. Entró con la sensación de que se había equivocado.

Sin previo aviso, se escuchó el azote de varias mesas provenientes del corredor exterior, acompañado de la caída abrupta de los lockers junto al grito de una de las chicas. Una de las mesas fue lanzada en su dirección, sin pensarlo dos veces, Sebastian dio un salto, apartándose a últimos segundos de que este se estrellara contra él.

Un susurrador con la forma de un lobo apareció de entre las sombras, gruñó mostrando los colmillos mientras su lengua los relamía, dio dos pasos mostrándole las garras que destruyeron todo a su paso, Sebastián no le quitaba la mirada de encima debía tener cuidado.

La bestia se lanzó con tal brutalidad que todo a su paso termino expulsado en varias direcciones, traía las garras por delante rozando por centímetros el torso de Sebastian, era demasiado rápido, apenas podía esquivarlo de no ser así, terminaría atravesado por esas garras en forma de dagas. El impulso y la fuerza del susurrador eran tal que termino estrellándose contra la pared, se incorporó casi al instante y agitó su cuerpo quitándose el aturdimiento y volvió a atacar, Sebastián detenía las garras con su lanza mientras trataba de encontrar la oportunidad para encajarle la cuchilla en el cuerpo era el único método para acabar con ellos.

El aturdimiento volvió a su cuerpo, la adrenalina que lo mantenía consciente empezaba a agotarse y las heridas que aún no habían sanado del todo se abrían con cada movimiento brusco, las heridas sangraban, lo que provocaba que se sintiera mareado por la pérdida de sangre, miro a su alrededor buscando algo que lo ayudará, la bestia lo seguía con sus ojos majestuosos llenos de la lujuria por la caza.

Logro alejarse hasta apoyarse en un par de lockers, de uno de ellos cayeron varios tanques de oxígeno, Sebastián lanzo hacia la bestia algunos de estos tanques con la intención de golpearlo, pero fallo en todos sus intentos, ninguno llego siquiera a rozarlo, la bestia mostro los colmillos a modo de burla por el fallido intento, se acercó despacio quería disfrutar el momento de debilidad de un pobre idiota desesperado.

Sebastián arrojó su lanza, el susurrador ni siquiera se movió al notar como la lanza era arrojada a un lado de él.

La lanza cayó de lleno sobre algunos tanques golpeando la válvula de uno de ellos, esto provocó que se saliera de su lugar causando que el cilindro viajara impulsado por la presión, llevándose consigo al susurrador que se estrelló contra una de las paredes del salón, era tanta la presión del tanque que provocó una explosión cuando se estrelló contra la pared, esto no mataría al susurrador, pero si lo debilitaría lo suficiente como para planear un siguiente ataque, lo que no tenía previsto Sebastian era que los demás tanques explotarían junto al primero.

El lugar se sacudió lanzando todo por todas partes, Sebastián se agachó justo cuando todos los tanques explotaban y volaban en todas las direcciones, cuando todo había parado se levantó sacudiéndose el polvo y los cascajos de la explosión, el lugar era un completo campo de guerra, aquellos segundos le dieron un respiro para poder atacar al susurrador y eliminarlo si fuese posible, además la explosión debería ser lo suficientemente fuerte como para que Géminis la hubiera escuchado.

–Si pudiera hacerme una chaqueta con ese pelaje tuyo, sería indestructible, sabes. No te mueres por nada– parloteo con tono burlón saliendo por aquel agujero, aparto el humo con su mano en búsqueda de la lanza que se encontraba cerca de sus pies, apenas podía ver algo por el pasillo lleno de destrucción, logrando vislumbrar a la bestia debajo de un montón de piedras.

Aquel pasillo daba a unos metros de la salida. Echo un vistazo en ambas direcciones en búsqueda de Géminis, pero, en cambio, encontró a una chica a unos metros de él, sorprendentemente sin ningún rasguño o herida de gravedad visible y a sus espaldas tirada sobre el piso otra chica posiblemente inconsciente.

Una corriente fría paso por su espalda de repente.

‘¿Qué hace aquí?’ se preguntó.

De pronto un montón de escombros se agito en un intento de soltar aquello que estaba atrapado debajo, varias piedras rodaron hasta que el hocico del susurrador salía a la vista, levanto el cuerpo apartando las piedras que se enredaban en su pelaje brumoso. Su hocico olfateaba algo en el ambiente, como si algo hubiera llamado su atención casi al instante.

Mientras tanto, aquella chica llamada Sara se levantaba notablemente aturdida, echo un pequeño vistazo ante la destrucción para después girarse en un intento de levantar a su amiga, Sebastian estaba a punto de protegerlas cuando noto que la bestia seguía sus movimientos con la mirada. Lo que paso después sucedió en cuestión de segundos, el lobo se

lanzó hacia ella a toda velocidad, con un gruñido profundo y gutural, casi en un parpadeo, recorrió esos escasos metros que los separaba.

Sebastián reaccionó demasiado tarde, trato de detener a la bestia arrojando la lanza hacia su cuerpo, pero esta no llegaría a tiempo para salvarla.

Capítulo 17

VI

Sara sentía como sus latidos se iban deteniendo uno a uno, al igual que todo lo que le rodeaba, apenas sentía su cuerpo, nada en ella reaccionaba, era como si supiera qué nada ni nadie la salvaría de escapar de la bestia, qué se acercaba a ella.

Fueron los segundos más eternos de su vida, en las últimas semanas habían pasado por muchas cosas inexplicables y sin sentido alguno, como si el mundo se hubiera puesto de acuerdo en jugarle una broma pesada, nada podía ser verdad, excepto el miedo que sentía ahora antes de morir, antes de ser despedazada por las garras que apuntaban a su cuerpo.

Cerro sus ojos en un intento de despertar de aquella pesadilla.

En la completa oscuridad se escuchó el estruendo de algo que perforaba el techo sobre su cabeza con tal fuerza capaz de destruir todo aquello a su paso, apenas logro abrir sus ojos para mirar aquello que sucedía tan rápido como un parpadeo.

Una espada larga descendía en frente de ella llevando consigo el techo por el que había atravesado la hoja brillaba en un tono exótico mientras la punta atravesaba la cabeza del lobo a unos escasos centímetros de Sara.

Géminis empuñaba la espada empujándola con la presión que su cuerpo había acumulado, llevándose consigo a la bestia hasta estrellarla contra el piso. La lanza paso justo por encima de su cabeza, si no se hubiera agachado esta la habría herido de muerte, en su vuelo la lanza paso rozando la mejilla de Sara causando una herida muy fina para luego terminar clavada en la puerta de salida.

El fuerte impacto había empujado a Sara hacia atrás mientras la bestia se retorció, arañaba y lanzaba sus garras hacia todas partes tratando de agarrar lo primero que estuviera en frente, la espada fue empujada con más fuerza lo que provocó que el piso se hundiera un par de centímetros por la presión, al final el lobo dejo de moverse, sus ojos se volvieron negros perdiendo su encantador brillo mientras su cuerpo se desvanecía como el humo en el aire.

Géminis saco la espada del piso y la guardo en la vaina hecha a su medida sujeta a un lado del pantalón.

–Debes irte, ahora– ordenó con voz cortante –Levanta a tu amiga y vete–

–Llegaste con las justas– gritó Sebastian –En verdad eso fue asombroso ¿Qué pasó con tu susurrador?–

‘¿Susurrador?’ se preguntó Sara desorientada por lo que había sucedido, el miedo a la muerte aún recorría su cuerpo, palpo su mejilla hasta sentir la fina herida. –¡Raquel!– dijo al instante.

Sara se giró en búsqueda de Raquel, el polvo y la poca iluminación de las lámparas hacían difícil tener visión clara del lugar, cuando el humo se disipó lo suficiente, la encontró boca arriba debajo de algunos escombros.

Raquel no reaccionaba.

Sara se agachó a su lado levantándola hasta apoyarla contra su pecho.

–Ayúdenme por favor– suplicó al notar que Raquel no reaccionaba –¡Raquel, por favor, despierta!– Sara notó que la sangre que descendía por la frente de Raquel no paraba de fluir al punto de volverse peligrosa.

Sebastian se acercó al ver la desesperación en Sara.

Ella temblaba mientras agitaba a su amiga en sus brazos –Permíteme revisarla– dijo mirando a Sara que se ponía a la defensiva –tranquila, solo quiero revisar si está herida– suavizó la voz y con sumo cuidado reviso superficialmente el cuerpo de Raquel, palpo su pulso, sus brazos, sus costillas, su cuello. Sara notó que era lo mismo que su madre hacía para comprobar los signos vitales y el estado del paciente.

–Estará bien– finalizó con una sonrisa –solo es un leve golpe en la cabeza, llévala al hospital para que suturen la herida– señaló el lugar de donde brotaba la sangre, poco después saco un frasco delgado y pequeño del bolsillo de su pantalón que contenía un líquido transparente.

Sara lo detuvo al instante sujetándolo por la muñeca con tal fuerza que ni ella la controlaba a causa del miedo. El frasco estaba cerca de los labios de Raquel.

–No tienes nada de qué preocuparte, es una medicina para evitar alguna lesión interna, necesito que lo beba. Por favor Sara, confía en mí, te prometo que estará bien– dijo mirándola a los ojos.

Sara soltó paulatinamente la muñeca, no confiaba absolutamente en él, aun así, no sentía malas intenciones que provinieran de él, lo único que quería era que Raquel estuviera bien.

El frasco tocó los labios de Raquel derramando su líquido dentro de su

boca.

Raquel tosió recuperando el conocimiento poco a poco, aunque seguía débil.

–Sa...Sara...– susurró.

Sara la abrazo al instante, se sentía aliviada de que estuviera bien.

–Deben irse– dijo Sebastian en tono serio señalando las puertas de salida.

Las ayudo a levantarse, apoyando a Raquel sobre su hombro mientras Sara se sujetaba del otro.

–¿Quiénes son ustedes? ¿Qué fue todo eso? ¿Qué, qué eran esas cosas, esos... susurradores?– preguntó Sara exigiendo una respuesta mientras se dirigían hacia la salida.

–Es mejor que no lo sepas– dijo Sebastian empujando la puerta de salida con la pierna –Mientras menos sepas, será mejor para ti y todos los que te importan. Ustedes estuvieron en el lugar equivocado, en el peor momento– apoyó a Raquel en una banca a unos metros de la entrada, Sara se sentó poco después.

A lo lejos la silueta de cuatro personas se acercaba, dos ellas cargaban con unas linternas que se movían de un lado a otro –¡Sara! ¡Raquel! ¡Génesis!– gritaron Mary y Sofía.

–Debo irme– dijo Sebastian presuroso –solo olvida lo que paso aquí, nadie les creerá aun si piensas contárselo, solo olvídale–

–¡No!– exclamó Sara sujetándolo del pantalón –nada sucede por qué sí, quiero saber que está sucediendo, ¿Qué es todo esto?–

El tiempo se estaba acabando, Sebastian tiro de su pierna tratando de soltarse de Sara, los guardias y las chicas llegarían con ellos en cualquier momento.

–Ni yo sé qué está pasando. Tú no deberías estar aquí, ni ahora, ni nunca– dijo sorprendido –Sara suéltame y olvídale–

–¡Jamás! Si es necesario me aferraré a ti, necesito respuestas, necesito saber si Raquel en verdad estará bien–

–Lo estará, te lo prometí– dijo suavizando la voz, sabiendo que si forzaba la situación podría empeorarla –si quieres saber qué está pasando, saber la verdad. Mañana te espero en el café de libros. Ahí responderé todas tus

dudas, te lo prometo, pero por ahora suéltame-

Sara lo soltó lentamente incrédula de creer su palabra.

Sebastian se alejó tan rápido como pudo atravesando la entrada del edificio, casi al mismo tiempo en que llegaban sus amigas y dos guardias de seguridad.

-Aquí central, sector sur- dijo la voz de una mujer hablando por el woki toki sujeto en el bolsillo de su camiseta -encontramos al resto de chicas a un lado del edificio, cerca de la piscina, no parecen tener heridas de gravedad, aunque una de ellas está semiinconsciente- apunto a Raquel con la linterna -solicito una ambulancia y a los bomberos, del edificio sale humo por una de las ventanas destruidas...- describió mientras su compañera se aseguraba que ambas estuvieran bien, en lo que Mary y Sofía las abrazaban.

Capítulo 18

VII

El sonido de varias sirenas irrumpió en el Instituto, los primeros en llegar fueron los bomberos y las ambulancias, poco después las patrullas policiales, varios bomberos acordonaron el lugar mientras los demás preparaban todo para entrar al edificio y descubrir el origen de la explosión, se podía ver varios hilos de humo saliendo por una de las ventanas y por la puerta de salida, pero nada indicaba que el fuego o el causante del humo estuvieran activos.

Tres bomberos entraron para comprobar el estado del lugar, los demás se quedaron fuera esperando la señal para entrar con todo el equipo y mitigar la causa de la alarma.

Poco después uno de los bomberos salió, se acercó al grupo que esperaba listo para la acción. Con un ademán canceló al equipo, se acercó a ellos y les explico la situación.

–Uno de los tanques de oxígeno ha sido el causante de la explosión– se dirigió al resto del equipo –solo hay daños estructurales a causa de la explosión y la onda de choque, debemos sacar los demás tanques, no nos exponemos a que otro explote, preparen toda la seguridad posible no podemos arriesgarnos a que otro tanque defectuoso explote...–

Sara lo escuchó no muy lejos, estaba al borde de la ambulancia sentado mientras atendían sus heridas, repaso los hechos en su memoria y concluyó que la explosión la causó aquel chico con la lanza, había aparecido justo después de que el agujero en la pared apareciera.

–Siga la luz con la mirada– dijo un paramédico qué la revisaba –por suerte no tiene nada grave, solo algunos golpes– concluyó mientras le retiraba el baumanómetro de su brazo.

–¿Mi amiga, cómo está?– preguntó Sara, apenas habían llegado los paramédicos las atendieron de inmediato cada una en una ambulancia diferente.

–Ella estará bien, se la acaban de llevar al hospital junto con otra chica–

–¿Otra chica?– Sara solo pudo pensar en Génesis, ella era la única que faltaba, había visto venir en su ayuda a Mary y Sofía con las guardias, pero no a Génesis.

–La encontraron en el segundo piso inconsciente junto a la alarma contra incendios, al parecer ella la accionó antes de desmayarse posiblemente

por el miedo causado por la explosión– examinó varias hojas apoyadas en un portapapeles –no tiene ninguna herida de gravedad o lesión alguna, de igual manera se la llevarán para descartar cualquier golpe interno– el paramédico guardo las hojas acomodándolas en un cajón seguro
–Tuvieron mucha suerte, esos tanques son muy peligrosos y cuando explotan nada bueno suele suceder– trato de confortarla.

–Señorita Sara– dijo el detective el mismo que la había interrogado en la tarde sobre las sospechas por la desaparición de su jefe –qué casualidad encontrarla por aquí, necesito hacerle unas preguntas y usted parece un poco más calmada que sus amigas– señalo con un ademán al paramédico para que los dejaran solos.

Sara se sentía incómoda, no por el detective que le pisaba los talones cada que podía, sino por el hecho de que ahora varias cosas extrañas estaban pasando a su alrededor, cosas que no podía explicar y aunque lo hiciera ese hombre jamás lo creería.

–No pude entenderlas, hablaban sobre unos lobos de ojos azules con violeta, sombras y otras cosas extrañas– parafraseo aquello que había entendido.

–¿Qué desea saber?– Sara fue directa, estaba cansada y adolorida a estas alturas, debería de estar sufriendo por el golpe causado por la explosión, pero por una extraña razón su cuerpo había resistido muy bien, posiblemente a causa de la adrenalina del momento.

–Quiero saber ¿Qué hacen aquí y que paso ahí dentro?– su tono de voz fue firme mientras apuntaba al edificio.

Un silencio emergió, no podía explicar otra vez algo que se salía de la realidad que, aunque les contará a sus amigas, tampoco le creerían a pesar de que ellas también lo vivieron.

–Fuimos... a nadar– dudo.

–¿Na-dar? –

–Sí, nadar– recordó la piscina con las máquinas funcionando –sabíamos que no nos encontraríamos al conserje y quisimos aprovechar para nadar un poco, entramos por un alambrado roto y después creo que vieron algo que...–

–¿Por qué supusieron lo del conserje?– la intriga del detective se hacía evidente –¿Acaso sabe algo? –

–Todos en el Instituto lo saben– tratando de sonar segura y despreocupada –la explosión nos sorprendió y nos asustamos. El miedo

nos hizo salir corriendo de ahí, no sabíamos qué pasaba. En un punto nos separamos, yo me fui con Raquel y unos escombros nos cayeron encima, es lo que puedo recordar-

-Es algo extraño- dijo el detective sin creer la historia, anotando mediante varios trazos un par de palabras en su libreta que parecía que no se despegaba de ella en ningún momento -tendrá que acompañarme a la jefatura de policía y rendir unas declaraciones, ya que esto se podría considerar como allanamiento ahí me explicara mejor de porque vinieron a "nadar", la espero mañana en la mañana- su mirada tenía un tinte que confirmo las dudas de que Sara ocultaba algo.

-¡Sarita!- dijo la voz de una mujer preocupada. Su madre apareció a lo lejos esquivando con gran agilidad varios coches y a un par de policías que intentaban detenerla, pero ella logró zafarse de ellos sin esfuerzo alguno.

-Por Ze...- escuchó Sara o eso creyó -¿Qué te pasó?, ¿estás bien?- su voz estaba entre la preocupación y el llanto, no alejó su mirada de cada extremidad de su cuerpo revisando que no tuviera lesión alguna.

-Señora su hija está bien, el paramédico la acaba de revisar. Pero, por favor, necesito hablar con usted- interrumpió el detective.

-En otro momento- dijo ella fulminándolo con la mirada feroz.

El detective no dijo una palabra, más mientras guardaba la libreta en el bolsillo de su camisa.

-Espero, verlas mañana- se dirigió a Sara antes de irse sin despedirse de las dos.

-¿Mañana?- preguntó su madre -dime que paso aquí, porque te sigues metiendo en estos problemas- empezó a llorar del miedo y a desahogar un poco todo lo que había sentido.

La policía terminó de acordonar el lugar, los bomberos hablaron con las autoridades para llevar a cabo la extracción segura de los tanques de oxígeno que aún quedaban dentro.

Sara regresó a casa en el auto con su madre, no hablaron durante todo el viaje, sentía que sería una noche donde debía explicarle todo lo que estaba sucediendo, pero de qué forma, de qué manera podría contar una historia que ni ella lograba creer.

Cuando llegaron a casa, Sara pidió a su madre tomar asiento en el sillón, tenía que contarle lo sucedido, confiaba en que la escucharía a pesar de lo que le iba a decir, sonará a un sueño que se había convertido en pesadilla

y así fue como le relato todo comenzando desde el altercado con su jefe en la bodega, lo único que omitió fue la parte de la cita con aquel chico de la lanza, leyó en sus ojos qué si le contaba esa parte no le permitiría ir a la reunión en la cafetería.

Al acabar de contar lo sucedido ese día, su madre permaneció calmada, pero pensativa no mostraba emoción alguna, solo se había quedado ahí tratando de asimilar lo que había escuchado.

–Ve a descansar, necesitas recuperarte y ya lo hablaremos– dijo sin moverse del sillón mirando la chimenea que crepitaba con una llama constante que por alguna razón hoy estaba más roja que nunca.

Sara se esperaba algo diferente, algún reclamo o que le exigieran la verdad y no un cuento como el que acababa de relatar, pero no fue así, al igual que ella parecía asimilarlo. La miró mientras subía las escaleras a su habitación, preguntándose si había hecho lo correcto.

Capítulo 19

VIII

–Sarita– susurró la madre mientras retiraba varios mechones de cabello que cubrían el rostro adormilado de su hija.

Eran cerca de las 5 de la mañana cuando su madre subió a la habitación, no había dormido en toda la noche –No tienes de qué preocuparte, nos encargaremos de cuidarte a ti y a tus amigas– dijo acariciando su mejilla.

Sara no pudo dormir bien a causa de lo vivido esa noche y la preocupación que sentía por sus amigas, en especial por Raquel ‘¿Será verdad lo que dijo ese chico de que Raquel estaría bien?’ La imagen de su amiga herida e inconsciente a causa de no haber hecho caso a su presentimiento, si tan solo se hubiera negado no habrían pasado por aquello y Raquel no estaría herida, también tenía el problema de que cuando cerraba los ojos podía ver la mirada de los lobos unos ojos majestuosos sedientos de sangre.

Se preguntó si todo esto era real, varias ideas surgieron de lo profundo, desde las más normales hasta las más alocadas, qué incluían ovnis, ángeles, demonios y muchas más criaturas sobrenaturales, hasta llegó a pensar que ella estaba en coma después del accidente de qué todo lo que estaba viviendo solo era un simple sueño. Las ideas iban y venían al igual que las teorías más locas, al cabo de unos minutos caía dormida sin darse cuenta.

–Tienes que escucharme– dijo la madre moviéndola con cadencia para que despertará.

Sara abrió los ojos lentamente, estos reflejaban cansancio de esas que necesitaban una semana entera bajo las sábanas para recuperarse.

–Hace poco estuve hablando con los padres de tus amigas, ellos están ahora en el hospital y todas están bien y sobre Raquel tengo una amiga enfermera que la está cuidando personalmente y me ha dicho que está fuera de peligro, solo tiene un par de golpes y un corte en su cabeza que requerirá un par de puntos–

–Gracias por cuidarlas– dijo Sara abrazándola, su cuerpo no había pesado tanto desde la cirugía y ahora sentía un alivio al saber que todas estaban bien.

–También quería decirte que saldré de viaje– dijo separándola hasta tenerla frente a ella –es un viaje muy importante y no puedo aplazarlo más, era algo que quería decírtelo en estos días, pero con lo que ha

pasado no puede esperar más, espero me tome un par de días...-

-¿Un viaje?- le había tomado por sorpresa.

-Tengo que hablar con tu padre sobre varios asuntos importantes y necesito hacerlo ahora-

Sara apretó las sábanas al escuchar las palabras "asuntos importantes" aquello solo significaba que el divorcio se estaba concretando, ya sabía que el proceso se estaba llevando a cabo desde hace varios meses, pero evitaba pensar en ellos hasta que estuvieran hechos, no entendía como una pareja que se había amado toda su vida, ahora decidía separarse. Era inútil preguntar los motivos o el porqué de su separación, ya que todas terminaban en la inminente respuesta. 'Algún día lo entenderás' se repitió como siempre.

-Prométeme que no harás más locuras, por favor- tomó la mano de Sara apretándola un poco entre las suyas.

Sara sintió la preocupación y el dolor que suponía ver a su hija pasar por muchas cosas y terminar al borde de la muerte y malherida, la tristeza y una extraña preocupación inundó su corazón, ella podía sentir las emociones de las personas que le rodeaban a aquello que llamo intuición, se lo había contado a su madre cuando era muy pequeña y ella decía que aquello era un don muy particular.

-Te... te lo prometo- respondió dudando de cumplirlo, no estaba segura de que las cosas fueran a mejorar, en especial aquel día que sabría "la verdad".

La mirada de su madre reflejaba preocupación, posiblemente porque en su cabeza seguía rondando las historias que su hija le había contado esa noche o era la tristeza por la separación, sea como sea, estaba decidida a viajar -Mis maletas están abajo, quiero irme lo más pronto posible y regresar de la misma manera, pero por favor Sarita, cuídate- agacho la mirada musitando una plegaria que apenas entendió -Cuando regrese espero que todo haya terminado-. Aquello último no sabía si era para su hija o para sí misma.

La luz de un par de faros atravesó una de las ventanas, aquella era la señal de que el taxi había llegado a recogerla. La madre se levantó con cuidado, mientras esbozaba una sonrisa cálida antes de marcharse.